

La Ilustración

HONORIFICA
MUNICIPAL
MADRID



Artística

AÑO XIV

BARCELONA 23 DE DICIEMBRE DE 1895

Núm. 730



FELICES PASCUAS, dibujo original de J. García Ramos

ADVERTENCIAS

Con el presente número repartimos á nuestros suscriptores el tomo-tercero de *América. Historia de su colonización, dominación é independencia*, que es el quinto y último de los correspondientes al presente año de la **Biblioteca Universal**. Como algunos de los señores suscriptores no tienen los dos primeros tomos de esta importantísima obra, les invitamos á que los adquieran por el precio de cinco pesetas cada uno, único para los suscriptores de la **Biblioteca Universal**.

En el caso de que á algún suscriptor no le conviniere su adquisición, podrá elegir en sustitución del expresado tomo tercero de *América* entre cualquiera de las siguientes obras:

Los ecos de las montañas, escrita por D. José Zorrilla y profusamente ilustrada por Gustavo Doré; *Los misterios del mar*, con multitud de interesantes ilustraciones, ó *La guerra franco-alemana (1870-1871)*, escrita por el mariscal conde de Moltke, con preciosos grabados intercalados en el texto.

Por nuestra parte nos permitimos aconsejarles que no dejen de completar la notable é interesante obra *América. Historia de su colonización, dominación é independencia*, en vista de la entusiasta acogida que así en el público como entre los críticos han tenido los dos tomos hasta ahora publicados.

El próximo número de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, primero del año 1896, constará de 48 páginas y estará dedicado á los jefes de Estado que lo han sido en Europa y América durante el presente siglo.

A pesar de las dificultades grandísimas que hemos encontrado en la realización de este pensamiento, hemos conseguido reunir casi todos los materiales que para dicho número necesitábamos, no habiendo perdonado esfuerzo ni omitido sacrificio alguno á fin de obtener los centenares de retratos de otros tantos gobernantes supremos de los Estados europeos y americanos, acudiendo para ello á los archivos, centros, casas editoriales, consulados, legaciones y aun á los mismos presidentes de las Repúblicas de América.

Gracias á ello, podemos ofrecer á nuestros lectores un número verdaderamente extraordinario, así por sus dimensiones como por la novedad é importancia de su materia, que no dudamos merecerá el aplauso de nuestros suscriptores.

SUMARIO

Texto. — *Crónica de arte*, por R. Balsa de la Vega. — *Semblanza. Jorge Isaacs*, por X. — *Preparativos para Navidad en Madrid. La vendedora de pavos*, por A. Danvila Jaldero. — *Los recuerdos de un curial. Suicidio... frustrado*, por P. Gómez Candela. — *Reconstrucción ideal de la barca de Trajano ó de Caligula, sepultada en el lago de Nemi*, por X. — *Nuestros grabados.* — *Miscelánea.* — *Abandonada* (conclusión). — *Las víctimas de Navidad*.

Grabados. — *Felices Pascuas*, dibujo original de J. García Ramos. — *Jorge Isaacs.* — *La Virgen y el Niño Jesús*, copia del célebre cuadro de Rubens. — *Fantasma japonesa*, cuadro de Pedro Sáenz (Exposición general de Bellas Artes de Madrid. 1895). — *En el lago de Nemi*, cuadro de Darío Querci. — *Reconstrucción ideal de la barca de Trajano ó de Caligula, sepultada en el lago de Nemi*, copia del dibujo original del arquitecto Raniero Arcaini. — *Preparativos para Navidad en Madrid. La vendedora de pavos*, dibujo de Méndez Bringa. — *La víspera de Navidad en Sevilla*, dibujo original de Manuel García Rodríguez. — *El general Barattieri*, jefe de las fuerzas italianas que combaten en África. — *El teniente Winston Spencer Churchill*, agregado al estado mayor del general Suárez Valdés en Cuba. — *El célebre periodista inglés J. A. Sala.* — *El famoso explorador alemán Otón Ehlers.* — *Las víctimas de Navidad*, dibujo de Arturo Loraine.

CRÓNICA DE ARTE

Probablemente cuando esta *crónica* vea la luz pública, la Academia de San Fernando habrá dictado su fallo en el concurso abierto para erigir una estatua en esta corte al insigne creador de la Ley de Instrucción pública que aún rige hoy en sus puntos principales.

No se presta ciertamente la indumentaria de un ministro (hablo de la de los españoles) ni tampoco la ordinaria de los simples ciudadanos para que el escultor pueda realizar una obra de arte, tal y como debe realizarse dentro de las condiciones de la escultura, arte eminentemente plástica; ni tampoco el rostro de D. Claudio Moyano era de los que tienen líneas ó facciones á propósito para que el artista encuentre fácilmente el modo de expresar la fisonomía moral de aquel hombre de austeras costumbres y de enérgica voluntad. Digo esto como atenuación en parte de la falta de originalidad y de lo endeble, en lo que corresponde á la técnica, de los ocho ó diez bocetos que forman el concurso citado.

Al mirar aquellas figuras de yeso que representan, casi todas, á un burgués vestido con levita y con un rollo de papeles en la mano izquierda, ocurriéronseme varias reflexiones, que si no son completamente originales tampoco las creo conocidas; y valga por lo que valiere, aquí las expongo. Creo que hay entre los *estatuados* categorías; así, por ejemplo, figúraseme que al lado de Alejandro el Magno ó al de Napoleón no es posible poner al general Concha, aun cuando ha-

ya hecho méritos para alcanzar el honor de una estatua, ó Murat, aun siendo una gran figura militar. Asimismo, en el orden civil, creo que no pueden parangonarse Cicerón ó Mirabeau con el llamado *divino* Argüelles ó con Moret (por si acaso le levantan una estatua). Ni al lado de Virgilio, Dante ó Shakespeare, al mismo Racine ó á nuestro Quintana. Además de esto, creo también que debiera tenerse en cuenta el carácter de la obra de cada uno de los hombres á quienes se les erigiesen estatuas, pues aun dentro de un mismo orden de producciones, entre Molière y Calderón de la Barca existe una diferencia esencialísima por la trascendencia de la labor de ambos, por la altura ética y filosófica, por la intensidad del pensamiento y por la influencia que con la dicha labor hayan ejercido en el rumbo de aquella manifestación de la inteligencia humana en que ejercitaron sus talentos ó demostraron su genio. Ahora bien: ¿cuál posición corresponde dar á las estatuas si se tienen en cuenta las observaciones aquí hechas? ¿Es lógico representar á pie á un general y en la misma actitud que á un hombre de letras ó de ciencias? ¿Es lógico que al hombre de bufete, al pensador, se le muestre del mismo modo que al orador ó al artista? ¿Es lógico, en fin, que al hombre de Estado se le exhiba á los ojos del pueblo como se exhibe al santo ó al poeta?

Sutilicemos un poquito más, si es que puede decirse de todas estas cosas que son sutilezas. Al conquistador es fuerza suponerlo en un momento supremo de su misión (si tal puede decirse hoy), y por lo tanto habrá que representarle á caballo, en actitud serena, ordenando sin arranques dramáticos; por el contrario, al general se lo imagina uno, como á Filiberto de Saboya ó al Gran Condé, á Prim ó á Concha, en momentos dramáticos, terribles, como el de Rocroy ó de los Castillejos, al galope de su caballo, desnuda la espada, en ademán enérgico. En cambio para el orador solamente cuadra la estatua que lo representa en pie, puesto que la acción es una condición indispensable del hombre que dirige la palabra al público, semejándose en este particular al cómico, quien debe producir, tanto como con la frase, con el gesto y la actitud, la emoción estética necesaria para dar todo su valor al personaje que representa, como aquél á la imagen que desarrolla. No así al pensador; el reposo le sintetiza: la estatua sedente, pues, debe ser, á mi juicio, la que le corresponda. Y así por ese camino llegaremos á lo lógico, y de lo lógico á la mayor suma de verdad psíquica y plástica en la interpretación de los personajes por medio del arte de la escultura.

Queda un punto por resolver, y ciertamente que no es de los menos importantes: el de la indumentaria. David d'Augers fué uno de los primeros escultores que, dejando la rutina pseudo-clásica de vestir, especialmente á los guerreros, con arcos romanos, acometió de frente las dificultades que ofrecía el traje de su tiempo. Realmente el atrevimiento del escultor realista fué grande; mas al cabo venció. De entonces hasta nuestros días se ha venido rindiendo parias al idealismo. Pero el buen gusto, el sentimiento de la belleza de la línea, ¿hallan satisfacción completa en la indumentaria actual? Conteste quien á ello se atreva; pero aceptando la imposición de la realidad, ¿por qué dan los escultores españoles especialmente la preferencia á la levita sobre cualquiera otra prenda masculina? Entiendo que buscan así el modo de indicar el desnudo, por ajustarse la prenda dicha al cuerpo más que otra alguna; mas en contra de esa aspiración del artista á buscar algo que recuerde la belleza del desnudo, está el resto de la levita, la monotonía de las mangas que desfiguran por completo los brazos, los faldones que como si fuesen enaguas de Cristo bizantino envuelven la figura hasta las rodillas. ¿Cómo resolver el problema? Benlliure lo ha resuelto recientemente. ¿Cómo?

* *

Hago alto en estas disquisiciones porque ahora recuerdo que estoy escribiendo una *crónica*. Ciertamente que son tan escasas las noticias de arte *crónicas* (!), que todas juntas no llegan á ocupar media cuartilla. Allá van, sin embargo, las que sé.

En el Círculo de Bellas Artes parece haberse desistido de celebrar una exposición de *impresiones de viaje*, y dada la actividad de los individuos que componen la sección de exposiciones, es de suponer que hayan tropezado con dificultades de monta para que la idea se abandone. Acaso haya contribuído á esto el que buen número de pintores se disponen para enviar trabajos de importancia á los salones de Berlín y París y á la exposición de Noruega. Para esta última han sido ya examinadas las obras por el Jurado de admisión, y si ya no han salido para su desti-

no, acaso saldrán de mañana á pasado. Otra noticia es la expectación (si es que en las actuales circunstancias puede producir expectación un acontecimiento artístico) que existe entre los artistas y aficionados, con motivo de la exposición regional de pintura y escultura que en el Palacio del Hipódromo celebrarán buen número de los pintores y estatuarios que cuenta Cataluña. Realmente, la curiosidad que existe por ver y juzgar á los artistas catalanes data desde el último certamen nacional de Bellas Artes, y pueden estar seguros los expositores de que habrá de juzgárseles con gran imparcialidad y mesura, como de ello se dió muestra en junio último. ¿Otra noticia? Veamos. ¡Ah, sí! El asendereado *Museo contemporáneo* sigue como estaba, y es probable que así siga por tiempo indefinido. ¿Otra más? Benlliure se ha decidido á trasladar á Madrid su estudio. Excusado es apuntar aquí la importancia de esta decisión del insigne artista, pues atraerá á la corte, y en época no lejana, á otros artistas, entre los cuales no sería aventurado contar á José Benlliure y acaso Villegas y Pradilla. Si tal realizasen estos ilustres representantes de la moderna España artística en el extranjero, Madrid sería al fin lo que debiera ser ya, un mercado digno de competir con los de otras capitales, y la cultura pública y la afición á las Bellas Artes subirían de nivel (que buena falta hace).

Y aquí sí que doy fin á las noticias de arte por lo que á Madrid corresponde; mas como he de llenar el espacio que para esta sección tiene señalado LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, voy á recurrir á las revistas y periódicos extranjeros para lograr mi objeto.

Lo primero que veo en *The Times* es lo siguiente: «Cinco son las exposiciones de pintura abiertas en Londres en la actualidad.» La primera es de acuarelas, y el único expositor, el celebrado acuarelista Hergist. Más de ciento cincuenta, algunas de verdadero mérito, figuran en la sala de *St. James*. Otra la del *Club del nuevo arte inglés*. En esta galería exhibe un buen número de pintores jóvenes, quienes sostienen la bandera del impresionismo y del naturalismo, enfrente de la otra sociedad llamada de los *Pintores viejos*, sociedad que también celebra su correspondiente exposición. Cercana de ésta hállase abierta otra *gallerie*, la de los *Pintores retratistas* y en la que hay algunos retratos de artistas de gran fama. Pero la noticia verdaderamente interesante es el anuncio de dos libros, uno de carácter histórico y otro puramente literario, de Morris y Millois respectivamente. No dice el anuncio el título de las obras citadas, quizá obedeciendo á un exquisitismo del reclamo editorial; lo que sí se sabe es que el segundo de los célebres artistas-escritores ha ilustrado su propia obra.

Echemos un vistazo sobre la prensa parisiense. En el *Hotel Drouot* acaban de ser vendidas en pública subasta varias obras de arte suntuarias de gran mérito. Entre dichas obras figura un *portapaz* de cobre dorado y de plata nielada, de procedencia italiana y el trabajo es florentino del siglo xv. Había sido adquirida dicha alhaja en Italia por un agente de los que acaparan por cuenta de casas extranjeras cuantas antigüedades tienen un mérito determinado, bien sea artístico, bien histórico. Dicho *portapaz* fué adquirido para la colección Spitzer; primero lo comprara Castellani. En la puja del *Hotel Drouot* alcanzó el precio de 11.200 francos. Un retrato de Antonio de Borbón, pintado y esmaltado por el célebre esmaltador de Limoges Leonardo el Lemosín, quien, como no ignoran mis lectores, floreció en el siglo xvi. Esta pieza es, según las descripciones que de ella acabo de leer, una verdadera obra de arte. Fué vendida en 9.600 francos y perteneció á la colección Stemi.

En la exposición permanente que en Berlín existe, llamada Salón Schulte y comúnmente *Unter den Linden*, ha expuesto el pintor Bodenmüller (confieso sinceramente que es esta la primera noticia que tengo de la existencia del citado pintor) un gran cuadro triptico, que lo considera la crítica como una tentativa de traducción de la música por medio de la pintura. El motivo es la famosa sonata de Beethoven *Claro de luna*. El primer cuadro es el *adagio*. Representa á Beethoven prelujiando en el piano y por una ventana entra un rayo de luna. El segundo cuadro, el *allegretto*, representa dos amorcillos alados que juegan alrededor de una fuente de agua viva. El fondo está iluminado por tintas de aurora, y muy semejantes en la coloración á la manera de Puvis de Chavannes. Tercer cuadro: *Presto agitato*. Nereidas y divinidades marinas aparecen sostenidas por nieblas vaporosas; en primer término un genio parece volar vertiginosamente; el cielo está cubierto por intensos nubarrones de tempestad y el rayo cruza el espacio. Recomiendo á los idealistas el ensayo del pintor Bodenmüller..., ¡y que Beethoven los perdone!

R. Balsa de la Vega



SEMBLANZA

Existía allá por 1864 en Bogotá una especie de sociedad literaria denominada *El Mosaico*, compuesta de los más eminentes escritores colombianos, entre los cuales figuraba y distinguíase como el más benévolo D. José María Vergara y Vergara. Hubo éste de conocer, á propósito de ciertos negocios comerciales, á un joven recién llegado del valle del Cauca, y terminada la conferencia mercantil que con él celebró, rodó la conversación sobre temas menos prosaicos.

— ¿Ha hecho usted versos?, preguntó Vergara al forastero.

Contestó éste afirmativamente y quedaron ambos convenidos en que al día siguiente el poeta caucano daría á conocer á su amable interlocutor algunas de sus composiciones.

Resultado de aquella primera lectura, á la que asistieron otros dos individuos del *Mosaico*, fué la solemne presentación del hasta entonces ignorado vate á la sociedad convocada en pleno.

El triunfo fué completo: los del *Mosaico* acordaron publicar inmediatamente y á su costa las poesías de su nuevo compañero.

Algunos días después, apadrinado por tan valiosos elementos, el nombre de Jorge Isaacs era pronunciado con entusiasmo en todo Bogotá y al poco tiempo en toda Colombia.

Isaacs hizo su entrada en el mundo literario sin haber probado las amarguras de la crítica envidiosa, sin que los sinsabores de la indiferencia hubiesen atajado sus primeros pasos y cortado el vuelo de sus nobles aspiraciones.

¡Bien correspondió á tan excepcionales favores! Cuatro años después daba al público *María*, esa novela que al abrirle á él de par en par las puertas de la gloria, conquistaba para su patria derecho innegable á un puesto de honor en la literatura americana y un lugar eminente en la literatura madre, la española.

Si es cierto que cada pueblo tiene un libro, *María* es el libro de Colombia y casi pudiéramos decir el libro de la América latina: traducido á multitud de idiomas extranjeros, de tal manera se ha propagado que con razón ha podido afirmar uno de los biógrafos del gran escritor que si éste es popular por sus versos, por su *María* es universal.

Mucho podríamos extendernos sobre esta bellísima historia de una pasión desgraciada, llena de sentimiento, arrancada de la virgen naturaleza del hermoso valle del Cauca, sobre cuyas páginas han llorado dos generaciones y se verterán lágrimas mientras haya juventud en el mundo; pero con ello nos apartaríamos de nuestro objeto que, tratándose de una semblanza, no de una biografía ni de un trabajo crítico, ha de mirar más al hombre que al autor y á sus obras.

Isaacs merece ser también estudiado desde otros puntos de vista, puesto que tomó parte importantísima en los acontecimientos de su país, y fué sabio

naturalista y laborioso explorador de las riquezas mineras que atesora el suelo de Colombia.

Sus ideas políticas hicieronle en distintas ocasiones intervenir en las sangrientas luchas que en Colombia, como en toda la América española, han encendido los partidos; pero Isaacs, ya como subalterno, ya como jefe, mostróse siempre humanitario, aun en los casos en que el rigor se impone, y terminada la contienda regresaba tranquilo al hogar donde se deslizaba plácida su existencia sin más trofeos que su bolsa exhausta, ni mayor orgullo que la conciencia satisfecha por haber cumplido con su deber.

El autor de *María* fué también un luchador enérgico en las fecundas lides del trabajo, explorando selvas y perforando rocas para sorprender los tesoros que en su seno guarda la tierra. En 1881, durante la presidencia del doctor D. Rafael Núñez, el gobierno, que dispensaba gran protección á todo cuanto significaba el fomento de los intereses materiales, creó una Comisión científica que descubriera y utilizara las riquezas naturales de Colombia, y nombró secretario de la misma á Isaac, comprendiendo sin duda que en aquel hombre de espíritu inquieto alentaban un alma ávida de hechos meritorios y un carácter cuyo rasgo más saliente era la inquebrantable tenacidad, capaz de realizar las mayores y más atrevidas empresas en pro de su patria.

— Si ustedes descubren grandes hulleras en el litoral de nuestra costa atlántica, cambiará la faz económica del país.

Tales fueron las palabras con que el presidente despidió á la Comisión científica y en especial á su secretario Isaacs: aquellas palabras grabáronse por modo indeleble en el corazón del poeta patriota é influyeron de una manera decisiva en sus aspiraciones y en su porvenir, despertando en él nuevas aptitudes y convirtiéndole en naturalista explorador de ignoradas comarcas.

Encaminóse la comisión á los Estados de Bolívar y Magdalena; pero Isaacs, por razones que no es del caso analizar, separóse de sus compañeros y continuó solo y bajo su exclusiva responsabilidad las investigaciones en unión de aquéllos principiadas. Entonces comenzó aquella exploración memorable por comarcas antes no visitadas por hombre civilizado alguno: allí, en plena naturaleza salvaje hizo Isaacs marchas penosas al través de aquel desierto litoral y por las agrestes faldas de la Sierra Nevada de Santa Marta. Mas como en el hombre de ciencia seguía alentando el genio del poeta, mientras por una parte analizaba la constitución geológica de los terrenos que recorría, por otra estudiaba las costumbres, los dialectos y las tradiciones de las tribus indígenas que encontraba á su paso, y tomaba curiosísimas notas sobre las inscripciones jeroglíficas y demás vestigios de cultura que entre aquellos pueblos dejaron sus remotos antecesores.

El hallazgo de los vastos yacimientos de carbón fósil situados en la región occidental del Estado Magdalena puso término á aquel primer viaje, cuyos resultados ofreció Isaacs desinteresadamente al gobierno de su país, consignados en interesantes informes descriptivos, acompañados de muestras de los diferentes minerales durante su expedición recogidos.

La gloria que estos trabajos y sus obras literarias le proporcionaron no fué bastante á compensar el disgusto que en su corazón patriota produjeron los desengaños políticos; la honda herida que éstos le

causaron refléjase elocuentemente en la dedicatoria que de su poema *Saulo* hizo al presidente de la República Argentina, el general Julio A. Roca. En ella decía, entre otras cosas: «*Recíbida (la ofrenda), señor, y presentádsela (al pueblo argentino) á nombre mío si merezco tanta honra, y decidle que si al fin llega el ya temido y casi inevitable día en que el suelo colombiano les niegue hasta una fosa á mis cenizas, mis huesos se estremecerán de orgullo y de placer al tocarlos la tierra que cubre los de Belgrano y Rivadavia.*»

Este grito de dolor tuvo generoso eco en el pecho del general Roca, quien en su propio nombre y en el del pueblo que regía ofreció en galantísimos términos amplia hospitalidad al ilustre autor de *María*, tan admirado allí como en el resto del continente americano.

Disponíase Isaacs, á fines de 1884, á aceptar con su familia tan cariñoso ofrecimiento, y el gobierno colombiano, presidido nuevamente por el doctor Núñez, hábiale prometido nombrarle representante diplomático ó consular en Buenos Aires, cuando la revolución que estalló en aquel año impidió la expatriación voluntaria del gran poeta.

Retirado á una casa de campo, volvió á sus estudios favoritos de la naturaleza, y en la soledad de las montañas que le rodeaban dedicóse á observar las huellas de las tribus indígenas que habitaban en aquella comarca al tiempo de la conquista, recogiendo preciosos ejemplares etnográficos é interesantes datos y apuntes que aún se hallan inéditos.

Aquel fué uno de los períodos más tristes de su vida: basta para convencerse de ello leer su canto *En las cumbres de Chisacá*, en donde se leen gritos arrancados por la desesperación, como cuando exclama:

Hoy la miseria ronda de mis hijos
el pobre y triste hogar.

Por fortuna para él, cesó aquella situación al ser vencida la revolución en 1885 y al plantearse las reformas políticas iniciadas por el doctor Núñez. Desde entonces le sonrió la fortuna: el gobierno le reconoció sus derechos como descubridor de las minas hulleras de Arataca y Fundación; descubrió nuevos y ricos yacimientos de hulla y abundantes fuentes de petróleo en el golfo de Urabá, y pudo al fin disfrutar en su apacible retiro de las márgenes del Combeima de una existencia tranquila y holgada.

Libre de las preocupaciones que amargaron su agitada vida durante los últimos años, proponíase reanudar sus labores literarias, revisar sus composiciones poéticas y concluir sus novelas inéditas *Fania* y *Alma negra*, cuando le sorprendió la muerte, ocasionada por mortal enfermedad contraída en las selvas vírgenes cuyos misterios supo descifrar.

Isaacs murió como católico y como poeta. Cuando el sacerdote le dió la Comunión, antes de expirar preguntóle:

— ¿Creéis en Jesucristo?

— Soy de su raza, contestó el moribundo; creo en El y en sus evangelios y espero su misericordia.

Profesaba á su patria fervoroso culto que no entibaron las pasajeras ingratitudes con que sus paisanos pagaron los inmensos favores que sobre Colombia derramó pródigamente el poeta y el explorador. La última vez que estuvo en Bogotá, poco antes de su muerte, parecía sentir su fin cercano.

— Allá verá usted, decía á un amigo que fué á visitarle, como no gozaré del fruto de mis fatigas et.

las montañas de los Chimilas, ni terminaré la novela de que le hablé antes.

— ¿Por qué tiene usted semejante idea?, le preguntó aquél.

— Porque, amigo, esta especie de parálisis que siento en una pierna puede extenderse hasta el corazón, y entonces...

— Eso sucederá muy tarde, si Dios permite que suceda. La patria y la literatura exigen la vida de usted por muchos años para que termine *Fania*, ese carácter que, según dice usted, le enamora más que el de *María*.

— ¡La patria, la patria! ¿Sabe usted que todavía la amo mucho y que aún espero que ha de ser libre, feliz y grande? La generación actual, continuó después de una breve pausa, es demasiado pesimista y calculadora, pero despertará a una nueva vida, estoy seguro de ello. ¡Si yo pudiera presenciar su renacimiento!

El inspirado cantor de la naturaleza colombiana, el poeta de las estrofas saturadas del más puro y ardiente americanismo, el autor de un libro que por sí solo basta a hacer imperecedera la memoria de quien lo escribiera y a llenar de gloria la tierra en que tal joya vio la luz, creía que su obra literaria era incompleta y que había hecho muy poco para conquistar la estimación de sus compatriotas y para que su nombre le sobreviviese algunos años, «aspiración — decía — que ha sido mi mayor anhelo y el objeto de toda mi vida.»

Jorge Isaacs nació en Cali en 1837 y falleció en Ibagué en 17 de abril de 1895. — X.

PREPARATIVOS PARA NAVIDAD EN MADRID

LA VENDEDORA DE PAVOS

Pasaron ya para la plaza Mayor de Madrid aquellos famosos tiempos de los autos de fe, de las reales corridas de toros, de las carreras de cintas, de las proclamaciones de los monarcas y de las mojigangas cortesanas; y hoy, á excepción de alguno que otro motincillo de verduleras ó barrenderos, el anchuroso espacio sólo recobra su animación perdida al aproximarse las Pascuas de Navidad, durante las cuales se convierte en almacén, depósito y mercado de cuantos productos comibles y bebibles envían á Madrid, no sólo las provincias del reino, sino hasta sus posesiones ultramarinas.

Una de las primeras vendedoras que solicitan permiso del ayuntamiento para establecer su tenderete en el ángulo que forman los soportales que dan acceso á las calles de Gerona y de Toledo es Petra *la Valiente*, así conocida en la plaza del Rastro, no sé si por ser apellido de familia ó mote que revela su carácter levantisco y pendenciero.

Apenas obtenida la necesaria licencia, Petra, ayudada por Paco *el Libreta*, su primo, cuñado ó lo que sea, que esto no está bien claro en los archivos de la ribera de Curtidores, comienza la instalación, reducida á poner un toldo de arpillera y trasladar desde la pollería en que *la Valiente* tiene su habitual residencia una silla y cuatro cestas y jaulones en que se encierran las diversas clases de víctimas, amén de una mesa para exhibir la más suculenta y variada colección de inanimados restos de gallinas, capones y otros apreciables bípodos, sacrificados en lo mejor de su edad.

Hecho esto, desaparece *el Libreta* para dedicarse á la adquisición de las primeras materias, ya en los depósitos de Mostenses y la Cebada, ya en los fieltos y caminos que conducen á la capital de la monarquía ó en los misteriosos antros de los matuteros; siendo reemplazado cerca de la joven por la Robustiana, matrona peritísima en cuanto al ejercicio de la profesión se refiere, como que lleva cerca de cuarenta años desplumando *bichos*, como ella dice, en obsequio al vecindario de la corte.

El buen género que expende *la Valiente*, su desventura y la maña que se da para atraer á los compradores, hacen que su puesto sea uno de los más favorecidos de la plaza, suscitando no pocas envidias y murmuraciones de sus colegas y dando lugar á alguna que otra *bronca* del género más pintoresco. A pesar de todo, Petra se queja, lo mismo que en los años anteriores, de que el negocio está perdido, y se lamenta diciéndole á Robustiana:

— ¡Pero mujer, tú ves qué poco anda la venta! Nadie diría que mañana es Nochebuena. No hemos hecho más que nueve duros, y como esta tarde no se anime el fandango, nos hemos lucido.

— Pues hija, no será por falta de gente, que está la plaza que no cabe una alfiler.

— Pero *too* son vendedores, y esos ambulantes nos pierden, porque como no pagan punto ni *tien* vergüenza, dan las cosas por una miseria.

— De *too* *tié* la culpa el Gobierno; si el Cánovas y el Sagasta se dejaran de pamplinas y vinieran aquí á cumplir con su obligación poniendo orden en esto, mejor andaría el cotarro.

— Ni que decir tiene; pero no te compongas. Ya me daría yo con un cantito en los dientes, si esos sinvergüenzas de municipales metieran en la prevención á más de cuatro zaparrastrosas que van por ahí con un pollo *escuchiflao* y sin papeleta.

— Aún tendremos que armar una como la que hicimos cuando D. Alberto era alcalde.

— Así fuera ahora mismo, que ya tengo ganas de descacharrar á un guardia *ú* dos.

— ¿Y qué habrán hecho *Colás* y la tía Clara?

— ¿Pero mujer, no los ves? Por ahí andan como dos palominos *atontaos*. Él con los patos va trapuleando, pero ella... Aún lleva la media docena de capones que la dí esta mañana. Es lo más mema que he *conocío*; pues no me dijo ayer: «*Paece* que me da reparo de salir *disfrazá* de paleta.»

— ¡San Isidro bendito me valga! Pues yo que tú la envié á freir espárragos. ¡Digo, pues vaya unos *apaños* que *tié* la *panoli* esa!..

— Ya se lo decía yo á Paco; pero como *Colás* es amigo suyo y anda en eso del matute, me dijo: «Mujer, *pa* disfrazarlos de paletos cuanto más burros mejor.» ¿Y qué le vas á decir? No vas á buscar á un maestro de escuela *pa* vender patos, digo yo.

— El que era *pa* eso *pintiparao*, era *el Chorizo*.

— ¿Quién, el que está en Ceuta?

— El mismito... ¡Qué angel tenía *pa* hacerse el baturro, y le daba un timo al lucero del alba!

— ¡Pero mujer, estás tonta!, grita de pronto *la Valiente*. Mira esos pavos que se van al puesto del *Ché*. Anda, *arrastrá*, y dales una puntera. ¡Si no se *pué* una descuidar!

En aquel instante doña Gorgonia Sánchez, respetabilísima consorte de D. Eduardo de la Pecera, contador jubilado del Tribunal de Cuentas del Reino, luciendo un precioso manguito de piel de gato y un sombrero de legítima confección casera, se aproxima al puesto de Petra, que al observarla le dice:

— Venga usted acá, parroquianita. Venga usted, señora, que aquí tengo la flor y nata. *Cebaos, cebaos*...

Doña Gorgonia contempla indecisa á las gallináceas que andan picoteando en torno suyo.

— Señora, ¿qué se le ofrece? Lléveme usted un capón, que los tengo de primera.

— Quería un pavito.

— Pues ahí tiene usted donde escoger. Como estos no los encontrará usted. Robustiana, chica, trae ese que quería llevarse el cocinero del Nuncio. Verá usted qué prenda más hermosa.

Y Petra, dejando una gallina que está desplumando, coge de las patas al animal aludido y se lo pone encima del manguito á doña Gorgonia, que retrocede dando un chillido como si un monstruo fuese á devorarla.

— No se asuste usted, señora, que no la va á comer. Mire usted qué pechuga; esto es manteca fina. No hay cosa mejor en *Madrid*.

Doña Gorgonia tiente al pavo y le mira la cresta diciendo:

— No me gustan estas manchitas. No vaya á tener viruelas.

— ¡Señora!, exclamó indignada *la Valiente*. ¿Viruelas esta criatura? Si está vacunada en la casa de socorro. Puede usted llevarlo, que es de confianza, y á una señora como usted no la iba yo á engañar. Robustiana, ¿qué te *paece*? Viruelas este angelito...

— No, señora, no, afirma la interpelada; puede usted crearme, *toos* los pavos de este puesto están muy bien *criaos* y muy limpios, y además están revisados por un ingeniero de la Casa de la Villa.

— Parece que el animalito está así como triste...

— No *tié* eso *na* de particular, contesta Petra. Si á usted, pongo por caso, la cogieran como á él de las patas y la llevaran de aquí *pa* allá, ya veríamos qué cara ponía usted.

— ¡Jesús, hija, qué comparaciones!, exclama indignada la vetusta dama. A ver este otro que está más alegrito.

— Como que ha *estao* de juerga *toa* la noche. También es de primera. *Miste* cómo pesa y qué gordo está: *paece* un concejal. Lo tenía apartao *pa* una marquesa que vive en la calle de la Aduana y quería hacerle un regalo á Castelar, pero luego ha *preferío* llevar media docena de conejos.

— Pero éste costará mucho y yo quería un pavito económico.

— Pues entonces vaya usted al puesto del *santibarrati*, y por una *perra grande* le darán á usted uno con las patas de alambre.

— No tanto, hija, no tanto; que como usted comprenderá, no se ha caído una de un nido y estoy yo más harta de comer pavos que usted de venderlos.

— ¡Puede! ¡Ay qué gracia *tié* la... señora!

— No la haga usted caso, dice Robustiana, temerosa de que las inconveniencias de Petra ahuyenten á la compradora: que ésta es un mal bicho. Vamos, déjate de descaros y sirve á la señora, que ya se ve que es cosa *prencipal*.

— Bueno, pues no he dicho *na*.

— ¿Y cuánto me va usted á poner por éste?

— Por ser para usted, lo último cinco duros.

— ¡Jesús, hija! Pues ni que fuera un pavo real. Por otro igual ó mayor acaban de pedirme doce pesetas.

— No sería como éste. Sería un pavo de esos de contrabando que *too* son huesos y pellejo y que no se sabe de dónde vienen, ni *na*.

— No quería gastar tanto.

— Pues lleve usted este más pequeñito; se lo pondré á usted en quince pesetas.

— Pero si esto no abulta nada; siete pesetas es lo que doy por él.

— ¡Siete pesetas! Señora, usted no está buena de la cabeza. Dígame usted dónde están á ese precio y me voy en seguida á comprarlos. Dé usted cincuenta *riales* siquiera.

— No doy un céntimo más de las siete pesetas.

— No comerá usted pavo.

— A ese precio no, señora.

— Lo que comerá usted será algún grillo en escabeche.

Robustiana cree llegado el momento de intervenir, y acercándose á doña Gorgonia, con aire de cariñosa reconvencción le dice:

— Vamos, señora, póngase usted en razón. ¿Le *paece* á usted que una pieza tan *manífica* no vale siquiera doce pesetas? Llévelo usted, *mié* que le pesará, que no va usted á encontrar otra ganga como esta.

Pero doña Gorgonia no se deja convencer fácilmente y repite con decisión:

— Nada, nada, siete pesetas.

— Pues ande usted y que la zurzan, exclama indignada Robustiana.

— ¡Deslenguada! Mire usted lo que habla, que está tratando con una señora.

— Déjala, Robustiana, no la faltes, que es una princesa de *incógnito* que quiere pavo á siete pesetas.

— La culpa la tiene una, dice muy sofocada doña Gorgonia, de tratarse con esta gentecilla.

— ¡Adiós, *señá* duquesa del pan pringao!, grita Petra. Váyase usted, que *sinós pué* que de una *manguzá* le quite el gorro y se lo ponga á un pavo.

— ¡Tantos plumeros en la cabeza, añade Robustiana, que *paece* un caballo de la Funeraria, y da siete pesetas por un pavo! ¡Habrás visto la bruja de la capa! ¡Agarrarla á esa!

Ante tal ovación, doña Gorgonia desaparece entre la multitud, y *la Valiente* dice á modo de comentario:

— Y luego dicen que si una *tié* genio ó deja de tenerlo. Cuando á una le faltan de ese modo, ¿qué va á hacer?..

A los gritos aproximase al puesto D. Torcuato, apreciable vejstorio dedicado á hacer el *bu* doquier que divisa una buena moza.

— ¿Qué es eso, niña? ¡Vaya un geniecito que gasta usted, carambita!

— ¿A usted le importará mucho?

— A mí sí, porque me intereso por las muchachas bonitas como usted.

— Ay qué gracia *tié* el tío. Robustiana, trae los polvos, que me voy á dar una *pasá pa* gustarle al señor.

— Si ya me gusta usted bastante.

— Mira qué pillín, chica. *Cuidiao* con el angelito, y lleva dos duros en *ca* pata.

— Más de dos duros tengo en el bolsillo para gastármelos en lo que se me antoje.

— Pues cómpreme usted un pavo *ú* dos.

— Aunque sean seis.

— Vamos, al fin nos ha *salío* el gordo. Chica, Robustiana, hoy salimos de pobreza y nos quitamos de vender.

— Porque usted no querrá, dice D. Torcuato.

— ¿El qué? ¿El venderle á usted *toos* los pavos? Pues á eso está una. Vamos, ya que está usted tan *determinao*, llévese estos dos; *uno pa* usted y otro *pa* su mamá. Se los doy á usted arregladitos: veinte duros los dos.

— Caros están los pavos este año.

— *Pa* usted sí, señor, muy caros.

— ¡Sí, eh?, pues ya volveré luego, hermosa, exclama el vejete escamado, emprendiendo una prudente retirada.

— Adiós, *agüelo* chocho. Que usted se alivie. ¿Qué dices, Robustiana? ¿No has visto qué proporción? Suerte que está una *acostumbrá* á tratar con animales y sabe *destinguir*... ¡Venga usted acá, parroquianita, que tengo pavos *pa* la Nochebuena! ¡*Cebaos, cebaos*! ¡Quién los llevaaa!..

A. DANVILA JALDERO



LA VIRGEN Y EL NIÑO JESÚS, copia del célebre cuadro de Rubens que se conserva en el Museo de Bruselas,
grabado por Baude

LOS RECUERDOS DE UN CURIAL

SUICIDIO... FRUSTRADO

Aquella vida no podía continuar así: era preciso que Juan saliera de la medianía en que estaba, que hiciera algo, que *llegara*. Sólo con ilusiones no se vive, y el joven de mi cuento no poseía más bienes de fortuna que los castillos en el aire que su imaginación le forjaba, y así era como el pobre pasaba una existencia tan obscura y tan difícil.

Juan tenía, á más del defecto de soñar despierto, otro más grave: era un fatuo, un tonto que se creía con talento para escribir, para hacer literatura, para tener una opinión... ¡Cuántos sofiones le había costado esta tontería!

Merced á un amigo, Juan entró á escribir en un diario; pero como su recomendación era la más pequeña, el trabajo que le encomendaron fué el más penoso; su sueldo en cambio quedó á la altura de su recomendación.

El joven se encargó de eso que se llama «información judicial.» Tuvo que ir á la Audiencia, al juzgado, al hospital; hablar con jueces, con policías, con carceleros; presenciar indagatorias, capturas, delitos... Aquel trabajo horrible, vertiginoso, que lo mismo fatigaba el espíritu que el cuerpo y recompensado con unas cuantas pesetas, hizo cambiar el carácter, antes alegre, de Juan, en el temperamento bilioso y pesimista del *reporter* judicial.

No había él nacido para aquello. El trabajo anónimo, de mogollón, le fastidiaba. La información de la calle le ponía de mal humor. Por eso tenía envidia á los señores de la pluma, á la aristocracia de la redacción, siempre cómodamente sentada, aguardando pacientemente las noticias, con cuatro horas por delante para pensar cualquier tontería de á dos columnas que luego firmaban muy orondos, en tanto que Juan, que se creía valer más que todos ellos juntos, corría por esas calles de Dios, preguntando á todos por «el suceso del día.»

La protesta de la injusticia de que Juan se creía víctima brotó al fin de su pecho, pero allí se quedó sin salir de su alma.

Realmente Juan valía más que muchos redactores del periódico. El sobrino de un diputado del partido, que falsificaba *cuentos*, porque los cuentos estaban de moda y quizás de moda también las falsificaciones; un redactor de ocasión que nunca había sido *del oficio*, pero que andaba tras una combinación de personal, á pesar de escribir «arabuz» con *h*; un escribiente que andaba en busca del ascenso y que iba á la redacción como si fuera á una oficina, y tantos otros como cobraban cincuenta duros por poner en ridículo á la publicación, valían evidentemente mucho menos que Juan.

Juan sufría y callaba porque no tenía otro medio de vivir, pero aquello le parecía ya demasiada mansedumbre: quiso romper la red que le oprimía, trató de exteriorizar su carácter, su estilo, salir de aquella rutina y de aquella obscuridad en que vivía, y observó que su modo de escribir era amanerado, y que si continuaba haciendo aquel trabajo, dentro de poco no podría redactar más que los monótonos «sucesos» con arreglo á los clisés estereotipados.

Un día en que acababa de informarse de un suicidio, Juan resolvió matarse. Pero el carácter del noticiero no era de los que toman una resolución para realizarla de prisa y corriendo, no; su suicidio sería con premeditación, con alevosía, con ensañamiento.

* *

Decididamente aquella noche era la última en que Juan había de vivir.

Se dirigió al café de San Millán, sentóse á una mesa retirada y pidió café, papel y sobres, y principió á escribir.

Si él hubiera tenido padres, novia, mujer, hijos ó amigos fieles, hubiera escrito para ellos; pero no era así, y Juan se limitó á escribir una carta al juez.

Luego encendió un cigarro puro, limpió los lentes y sacando unas cuartillas garrapateó en unas cuantas desfigurando la letra. En ellas daba cuenta de «UN SUICIDIO.» Era el suyo, relatado con todos sus antecedentes y detalles. Jamás se había hecho una información más completa. En el relato del suceso no se daba el nombre, sino las iniciales del suicida, pero en cambio se daban horas, pelos y señales de todo.

Cerró el sobre, escribió en él las señas del perío-

adonde le había conducido la pareja de servicio en el viaducto, que le detuvo en el momento de lanzarse al espacio.

Juan pasó al Juzgado de guardia. El juez y Juan se conocían por razón de sus profesiones. El magistrado le dejó en libertad, previo juramento del *reporter* de que no volvería á intentar matarse.

Juan llegó á la redacción á las once de la noche. Dirigióse á su mesa; allí, como de costumbre, estaban amontonadas todas las cartas, notas, rectificaciones y papeles que correspondían á la sección de Juan. Buscó y rebuscó las cuartillas que él mismo envió desde el café; pero como eran muchas, el director las había visto por encima sin enterarse, creyó que se trataba de un suceso *gordo* y allá fueron á la imprenta para ganar tiempo.

Juan comprendió el ridículo que iba á correr y la torpeza que había cometido, que tal vez le costara la plaza. Una idea salvadora acaudió á su mente, y cogiendo una hoja de papel, escribió debajo de tres asterísticos unos renglones, dobló la cuartilla por en medio, puso con lápiz «Alcance al *Suicidio*» y él mismo, sin aguardar al confeccionador, lo envió á la imprenta.

* *

Al día siguiente, en todos los círculos literarios no se hablaba más que del *cuento* que titulado «Un suicidio» publicaba un periódico.

Como el trabajo iba sin firma, cada cual se lo atribuyó á una eminencia literaria. Aquel análisis de un alma enferma, aquellas impresiones, aquel colorido, aquella sátira contra la prensa y la sociedad contemporáneas, todo ello encerrado en diez cuartillas, no podía haberlo escrito más que un artista incomparable de la pluma.

Felicitaron al director; no supo de qué se trataba; preguntaron al confeccionador; creyó que la imprenta *se había comido* la firma de algún artículo de colaboración.

* *

Han pasado varios años desde aquello que tanto ruido metió. Juan ocultó el verdadero motivo del *cuento*; hoy pasa por un gran *cuentista* y no hace más que literatura que cobra bien cara.

Algunos envidiosos aseguran muy frescos que su primer *cuento* le copió de un periódico parisiense.

El juez de guardia es el único que sabe la historia entera, y afirma que Juan no será nunca suicida reincidente.

Y el cuento era *original*.

P. GÓMEZ CANDELA



FANTASÍA JAPONESA, cuadro de Pedro Sáenz
(Exposición general de Bellas Artes de Madrid. 1895)

dico, y dando una propina al fosforero del café, envió el original á su destino.

* *

Juan pagó, salió del café y se dirigió al viaducto. Dos largas líneas de puntitos luminosos que brillaban en la obscuridad de la noche, marcaban las aceras de la calle de Segovia, que iba á morir en la carretera; la luna brillaba por detrás de los cerros de San Isidro, y un rumor de chiquillos que gritaban debajo de la mole del puente subía en ecos hasta el viaducto, que se cimbreaba con sus largas vigas de hierro al pasar los carruajes.

Juan miró abajo: ¡qué alto estaba del piso de la calle que le aguardaba con los picos de sus piedras para abrirle el cráneo! Sintió el vértigo, algo así como un escorzonillo en las sienas y un cosquilleo en la medula, cerró los ojos, saltó á la barandilla, echó medio cuerpo afuera, soltó las manos que le sostenían, abrió los brazos y...

* *

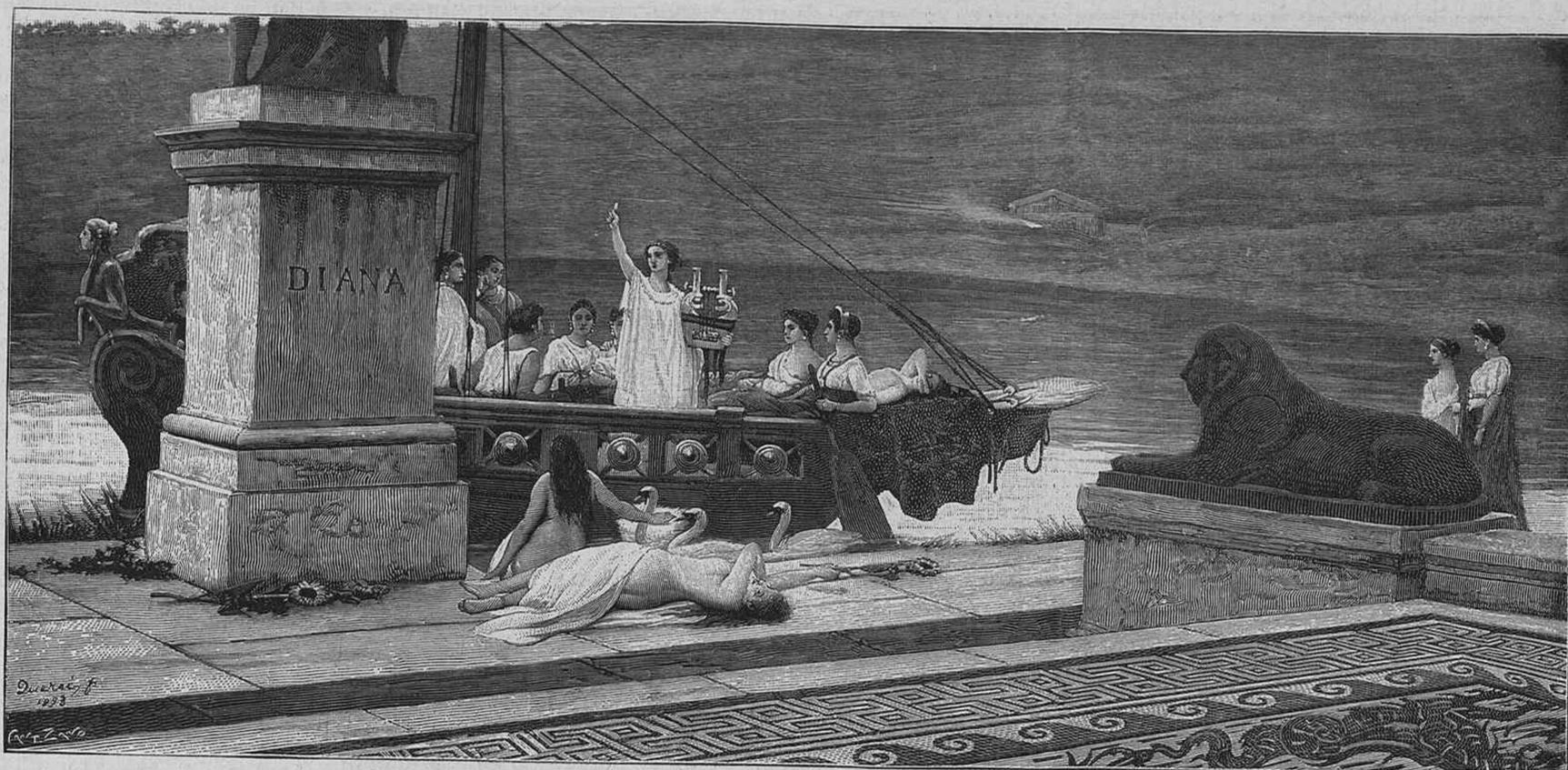
Cuando Juan se dió perfecta cuenta de lo que le pasaba, se encontró en la delegación del distrito,

RECONSTRUCCIÓN IDEAL DE LA BARCA DE TRAJANO
Ó DE CALÍGULA, SEPULTADA EN EL LAGO DE NEMI

Las afortunadas excavaciones y los preciosos hallazgos que de algunos años á esta parte se han hecho en casi todos los lugares del antiguo mundo civilizado, nos han acostumbrado á las grandes sorpresas con que nos brindan las culturas griega y romana. Aun aquello que por razones lógicas nadie habría admitido antes como posible, parece convertirse ahora en realidad: tal sucede con la llamada barca de Trajano que hoy tanto preocupa á los más sabios arqueólogos de Italia.

En las montañas de Albania, cerca de Roma y no lejos de Genzano, encuéntrase situado en una hondonada crateriforme el lago de Nemi, de límpidas y azules aguas, que en todos tiempos ha cautivado á los artistas y á los amantes de la naturaleza que quieren gozar de las bellezas del suelo romano. También la antigüedad remota supo apreciar sus encantos, como lo prueba el templo allí erigido á Diana, cuyas ruinas aún se conservan.

Cuenta una tradición que una magnífica nave de un emperador romano sepultóse en el lago de Nemi, y durante los siglos xv y xvi lleváronse á cabo en éste varias exploraciones para dar con aquella obra maestra de la arquitectura naval, cuyos ornamentos, según se afirmaba, distinguíanse al través de las aguas en los días de absoluta calma. En 1535 extrájose del lago un gran madero con adornos de bronce, que vino á confirmar la tradición y se guarda en el Museo Kircheriano de Roma, y en 1600 el capitán De Marchi publicó interesantes detalles acerca de este asunto en un libro titulado *Dell'architettura militare*, que se conserva en el Museo Breva de Milán.



En el lago de Nemi, cuadro de Darío Querci

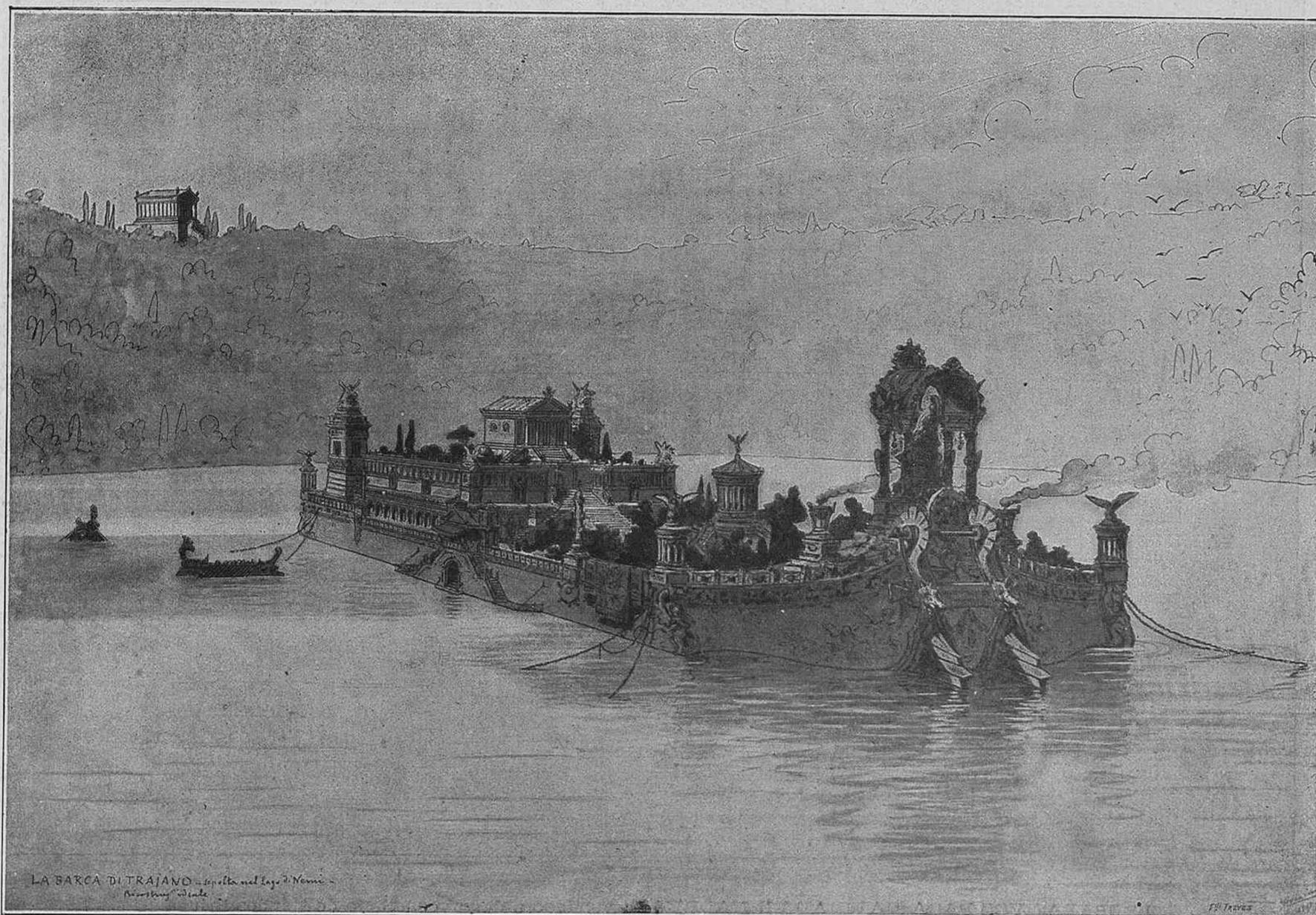
Hace poco tiempo la prensa italiana dió la noticia de que el príncipe Orsini, propietario del lago, había hecho bajar al fondo de éste dos buzos para continuar las interrumpidas exploraciones, y según parece, el mejor éxito ha coronado esta nueva tentativa, pues dicese que la nave ha sido hallada completamente cubierta de limo á una profundidad de 20 ó 30 metros y que los buzos han logrado extraer entre otros varios objetos un león y una leona de bronce pertenecientes á la barca sumergida. En vista de estos resultados, el ministro de Instrucción Pública de Italia en unión de varios hombres de ciencia se proponen poner al descubierto, en la medida de lo posible, aquel tesoro arqueológico que algunos suponen obra de Trajano y otros de Calígula.

Como era natural, no han faltado sabios y artistas que fundados en suposiciones más ó menos lógicas han ideado varias reconstrucciones de esa famosa barca.

Una de ellas es el dibujo del arquitecto Raniero Arcaini, que representa una nave en forma de isla flotante con un magnífico templo y poblada de jardines, escalinatas, estatuas y templetes. El barco imaginado por Arcaini es inmenso; para formarse idea de sus dimensiones basta compararlo con la galera que cerca de él ha dibujado el artista.

Aquel templo que en el fondo se distingue es indudablemente el de Diana: la bella diosa del arco de plata era, en efecto, objeto de un culto especial en aquel lago, que en tiempo de los romanos se llamó el espejo de Diana.

Este antiquísimo culto inspiró á un notable pintor siciliano, Darío Querci, un cuadro lleno de idílica dulzura: el artista nos transporta á la orilla del lago en la cual se alza, cerca de un león esculpido, el amplio pedestal de una gran estatua de Diana. Una rica galera conducida por bellísimas jóvenes se detiene ante la imagen de la diosa, y una de aquéllas canta acompañándose con la lira, mientras las otras elevan sus preces á la divinidad olímpica. En el fondo, sobre la opuesta colina, destácase un templo iluminado por el fuego sacro que arde también en honor de la divina cazadora. Este cuadro, que Querci titula *El lago de Nemi en tiempo de los césares*, ha sido adquirido por un rico aficionado londinense. En esta página reproducimos la obra de Querci y el antedicho dibujo de Arcaini. — X.



Reconstrucción ideal de la barca de Trajano ó de Calígula, sepultada en el lago de Nemi

Copia del dibujo original del arquitecto Raniero Arcaini



PREPARATIVOS PARA NAVIDAD EN MADRID, La vendedora de pavos, dibujo de Méndez Branga

(Véase el artículo de A. Danvila Jaldero)



LA VICARIA, cuadro de Mariano Fortuny, grabado de Kaesseberg y Oertel de Viena

Copia autorizada de una fotografía de la casa Goupil y C.^a (hoy Boussod, Valadón y C.^a) de París



LA VÍSPERA DE NAVIDAD EN SEVILLA, dibujo original de D. Manuel García Rodríguez

Fig. 246 de la obra "Sevilla"
S. Espinosa

NUESTROS GRABADOS

El general Barattieri. - Grandes sacrificios cuesta á las potencias europeas el deseo de conservar y engrandecer su poderío colonial. Los franceses acaban de terminar, tras ímproba lucha, la guerra de Madagascar; los ingleses hacen cada día nuevos aprestos para batir á los ashantis; España está haciendo titánicos esfuerzos para vencer la insurrección en Cuba, é Italia está empeñada en costosa guerra con el rey abisinio Menelik, el cual al frente de un poderoso ejército ha derrotado y destruido recientemente por completo á una columna mandada por el mayor Toselli. Al frente de las tropas italianas que en aquellas regiones africanas operan, está el general Barattieri, militar de brillante historia: el verano pasado estuvo en su patria, siendo objeto de entusiasta recibimiento por las victorias



EL GENERAL BARATTIERI
jefe de las fuerzas italianas que combaten en Africa

últimamente conseguidas en su mando de la colonia Eritrea. Más difícil le será vencer la actual rebelión, porque con muy escasas fuerzas tiene que habérselas con las muy numerosas y no mal organizadas de su enemigo, que de fijo le darán mucho que hacer antes de que lleguen á aquellas apartadas regiones los refuerzos que en Italia se están á toda prisa organizando.

Felices Pascuas, dibujo original de J. García Ramos. - El mérito principal de este distinguido pintor consiste, conforme habrán podido observar nuestros lectores en las varias obras que de él hemos publicado, en haber logrado pintar una Andalucía original y característica, real y verdadera, pero siempre agradable y simpática, embellecida la realidad con el ensueño del buen gusto y de la poesía. García Ramos ha consagrado toda su habilidad y todo su ingenio á rendir un tributo á la tierra que le vio nacer, presentándola bella, brillante y rebosando vida, cual si se hubiera impuesto el deber de hacerla agradable. Tal vez así hubiera acontecido, dada la valía de las obras del artista, si aquel rincón de la península no estuviera dotado de tanta belleza y no reuniera tantos atractivos.

Felices Pascuas retrata un cuadro de costumbres sevillanas, representa el bullicioso movimiento que se observa en la ciudad andaluza durante la Nochebuena.

El teniente Winston Spencer-Churchill. - Hace pocos días la prensa diaria nos dió á conocer el nombre de este teniente del ejército inglés que, agregado al estado mayor del general Suárez Valdés, sigue la marcha de nuestra guerra de



EL TENIENTE WINSTON SPENCER-CHURCHILL
agregado al estado mayor del general Suárez Valdés en Cuba

Cuba, y publicó las impresiones que en el ánimo del joven oficial viene produciendo aquella lucha, impresiones por demás favorables á nuestro ejército. El teniente Winston Spencer-Churchill es el hijo mayor del conocido hombre político inglés lord Randolph Churchill, jefe de la extrema derecha del partido conservador, gobernando el cual desempeñó en 1885 la secretaría de Estado del departamento de la India.

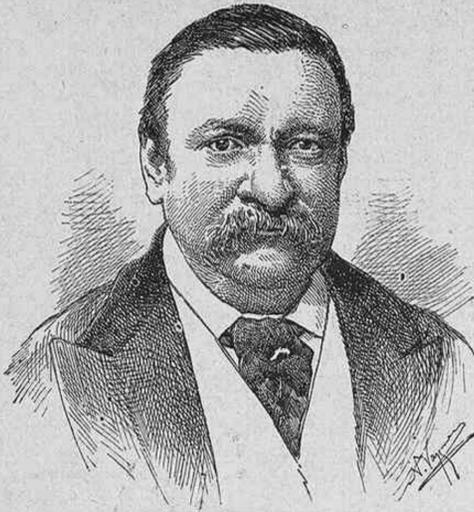
La Virgen y el Niño Jesús, cuadro de Rubens. - Tratándose de artistas como el gran pintor flamenco, huelga todo elogio de cualquiera de sus obras: las alabanzas á sus crea-

ciones dedicadas, consignadas están en todas las historias de arte y en los innumerables estudios críticos que acerca de Rubens se han escrito. No hemos, pues, de repetirlos, y al reproducir el cuadro que hoy publicamos, sólo consignaremos que se considera como una de las mejores joyas del Museo de Bruselas, en donde se guarda, y llamaremos la atención de nuestros lectores sobre la excepcional belleza del grabado del célebre artista francés Carlos Baude.

La vispera de Navidad en Sevilla, dibujo original de Manuel García Rodríguez. - Mayor escenario ha escogido García Rodríguez que García Ramos para darnos á conocer otra escena de costumbres en la sevillana ciudad. Torrentes de luz iluminan la plaza, en la que grupos de vendedores de pavos esperan á los que se disponen á celebrar el día de Navidad con la tradicional comida.

También debe gratitud Sevilla á García Rodríguez, pues al igual de su compañero, complácese en darla á conocer, diferenciándose únicamente en la forma de exposición. García Ramos ha dedicado singularmente á pintar costumbres y García Rodríguez á dar á conocer los encantos de la naturaleza, produciendo bellísimos paisajes que le han procurado lugar distinguido entre los paisistas españoles.

Jorge Augusto Sala. - Hace pocos días ha fallecido en Londres este decano de los periodistas ingleses que por espacio de cuarenta años colaboró en las columnas del *Daily Telegraph* con sus interesantes artículos. Discípulo y admirador de Dickens, procuró imitar á su maestro desde la primera obra que dió á luz, titulada «La llave del Estrecho», boceto literario que le valió las primeras cinco libras ganadas por él en la carrera literaria, y cuyo éxito le indujo á dejar el buril por la pluma. Hijo de padre italiano, de madre inglesa, educado en Francia y habiendo hecho muchos viajes, adquirió conocimientos lingüísticos nada comunes, que le sirvieron en gran manera para sus tareas literarias, así como para el trato social. La empresa del *Daily Telegraph*, en cuya redacción había entrado en 1857, le envió en 1863 de corresponsal al cuartel general de Grant durante la guerra separatista, y posteriormente apenas ha habido acontecimiento notable en Europa que Sala no pasase á estudiar sobre el terreno para escribir interesantísimas correspondencias para dicho periódico. Por espacio de mucho tiem-



EL CÉLEBRE PERIODISTA INGLÉS J. A. SALA

po estuvo encargado de la redacción de los «Ecos semanales» de la *Illustrated London News*, y era tal la aceptación de sus escritos, que estos artículos semanales le valían diez mil duros anuales, así como quince mil el artículo diario que tenía compromiso de escribir para el *Daily Telegraph*. Su muerte ha sido una verdadera pérdida para el periodismo británico.

El célebre explorador alemán Otón Ehlers. - Este ilustre viajero, cuyo nombre famoso en Alemania es bien conocido en todo el mundo científico, nació en Hamburgo en 1855, estudió en Heidelberg, Jena y Bonn, y sirvió en un regimiento de husares. Terminado su servicio militar y después de una corta residencia en Pomerania, fué á Egipto y de allí á Zanzibar, en donde concibió el plan de recorrer el llamado continente negro, no como explorador, sino como turista. Desde entonces no cesó un momento de viajar por el Africa oriental, por la India anterior y posterior, por el Tonkín, China, Mongolia y Siberia, realizando importantes descubrimientos y adquiriendo datos y noticias interesantísimas, que ha dejado consignados en sus notables obras de viajes. Ha muerto en Nueva Guinea cuando se disponía á cruzar el territorio inglés desde el Este hasta el río Heath.

MISCELANEA

Bellas Artes. - BERLÍN. - En la Exposición de Bellas Artes de este año se han vendido 327 obras por valor de 375.000 marcos (468.750 pesetas), lo cual representa un aumento de 108.000 marcos sobre el producto de las ventas en la exposición del año anterior.

- En la Academia de Bellas Artes se ha celebrado una exposición en honor de Menzel, Achenbach y Schrader. Entre las obras del primero figuraban muchos de sus principales cuadros, tales como *La mesa redonda de Sansouci*, *El concierto de flauta*, *Marcha del rey Guillermo para reunirse con su ejército*, la colosal pintura de la *Coronación*, *Encuentro de Federico el Grande con José II*, *El círculo*, *El paseo de las fuentes en Kissingen*, un retrato al pastel de *Federico el Grande*, *La sinagoga de Praga* y *El jardín del palacio del príncipe Alberto*. Muchas de estas obras han sido cedidas para dicha exposición por sus actuales propietarios. De Achenbach hay el *Mercado de pescado en Ostende* y otros muchos no menos notables, y de Schrader, entre otros; los retratos de *Gregorio VII* y *Enrique V de Francia*.

LONDRES. - En la New Gallery se celebrará en breve una exposición de arte español, que comprenderá obras y objetos

artísticos, desde la Edad media hasta nuestros días, distribuidos en los siguientes grupos: cuadros al óleo, acuarelas, cartones, grabados, dibujos y emblemas heráldicos; esculturas en mármol, yeso, madera y marfil; reproducciones en bronce; monedas y medallas; manuscritos, libros, encuadernaciones; labores de oro y plata, piedras preciosas, esmaltes y joyas; hierros y aceros labrados y repujados; armas y armaduras; cerámica hispano-árabe; tapices, bordados y encajes; objetos del culto, instrumentos de música y gadameciles. El comité espera reunir un número suficiente de objetos escogidos para que esta exhibición sea digna de la serie de las llevadas á cabo para dar una idea completa del arte europeo. Entre las pinturas de



EL FAMOSO EXPLORADOR ALEMÁN OTÓN EHLERS

la escuela española, el comité desea especialmente conseguir ejemplares de Velázquez y Murillo, como representantes de la escuela antigua, y de Goya, Madrazo y Fortuny de la moderna.

Teatros. - En el teatro de la Ciudad, de Maguncia, se ha representado por primera vez en Alemania el drama de Ibsen con música de Hans Pfitzner *La fiesta de Solhong*, habiendo obtenido un éxito completo.

- La dirección del teatro de la Ciudad, de Goerlitz, ha prohibido las representaciones del drama de Hauptmann *Los teledores*.

- La policía prohibió recientemente las representaciones de *Marquise*, de Sardou, en el teatro de Wiesbaden, y sólo consintió que se reanudara después de haber introducido en la obra algunas modificaciones.

- En el teatro de la Comedia, de Londres, se ha estrenado con buen éxito un drama del conocido dramaturgo inglés Mr. Pinero *The Benefit of the Doubt*, que está inspirado en el modernismo de Ibsen. En el Covent Garden, de la misma capital, ha sido un acontecimiento la primera representación en inglés de la ópera de Wagner *Las Walkirias*.

París. - Se han estrenado con buen éxito: en el Odeón *Jour de divorce*, bonita pieza en un acto de Grenet-Dancoult y G. Pollonais, y *La Blugne*, interesante comedia en tres actos de Valdagne, y en Nouveautés *Le Capitole*, graciosa ópera cómica en tres actos y cuatro cuadros, con muy bonita música de Gastón Serpette.

Madrid. - Se han estrenado con regular éxito: en el Español un drama en tres actos de Luis Ansorena, titulado *Petrilla*, y en la Comedia la comedia en tres actos *La eterna cuestión* y la pieza en un acto *La rebaja del tío Paco*, ambas de D. Enrique Gaspar.

Barcelona. - En el Liceo se han cantado *Otelo*, que ha valido grandes aplausos á la señora Tetrizini y al Sr. Cardinali, y *Los Hugonotes*, en cuyo desempeño sobresalió la señorita Pinkert en su papel de reina: en una y otra alcanzó nuevos triunfos el director de orquesta Sr. Vanzo. En el Principal, terminadas las representaciones del admirable Novelli, ha comenzado á funcionar una compañía castellana dirigida por el Sr. Cepillo y de la que forma parte la aplaudida actriz señorita Cobefia. En Novedades se ha estrenado con buen éxito *La Pilarica*, melodrama de espectáculo en cuatro actos y cinco cuadros de D. Juan Fola é Iturbide. En el Tivoli se ha reproducido con el éxito de siempre la ópera de Bretón *La Dolores*.

Neurología. - Han fallecido:

El conde de Taaffe, eminente hombre de Estado austriaco, que fué varias veces presidente del consejo de Ministros.

Gabriel Szarvas, célebre filólogo húngaro.

César Metz, paisajista alemán.

Adolfo Streckfuss, notable novelista alemán.

Luis Brodwolf, escultor alemán, autor de varias bellísimas esculturas que adornan algunos monumentos de Berlín.

Alejo Danilowitch Kiwschenko, célebre pintor ruso, profesor de pintura de batallas en la Academia Imperial de San Petersburgo.

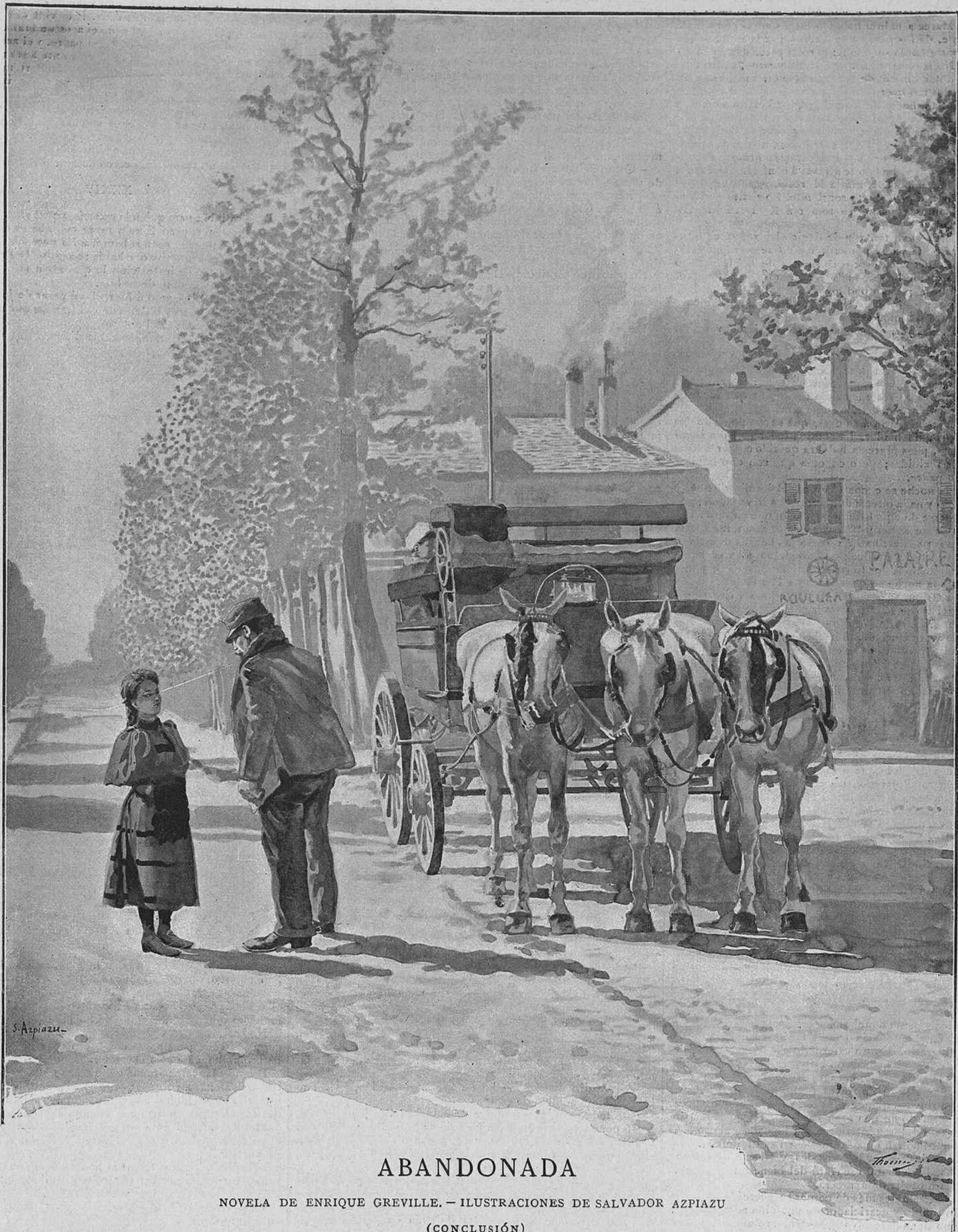
Carlos Comte, notable pintor de historia francés.

León Girardet, pintor suizo de género y paisaje.

Jules Moineaux, conocido autor dramático y periodista francés.

A LOS DIABÉTICOS. - No hace mucho tiempo que se consideraba á un diabético como un hombre perdido; gracias al progreso de la ciencia, la diabetes es tratada y curada como toda otra enfermedad. Así, creemos prestar servicio á aquellos de nuestros lectores atacados de esta grave afección, indicandoles la **Quina Anti-diabética Rocher** como el único medicamento serio y eficaz, del cual las celebridades médicas prescriben el empleo con tanto éxito.

Depósito en Barcelona: VICENTE FERRER Y C.^a



ABANDONADA

NOVELA DE ENRIQUE GREVILLE. — ILUSTRACIONES DE SALVADOR AZPIAZU

(CONCLUSIÓN)

Simón hacía todos los esfuerzos posibles para aparecer amable y lo lograba casi; pero todo su ser se negaba á aquella violencia; así es que después de las primeras palabras, el doctor se dirigió á Marcela, que siempre le había querido. Le sorprendió al médico el cambio que se notaba en la joven, cambio que no había previsto y que era, sin embargo, consecuencia natural de las pruebas padecidas. Su acento era más firme, la frase más precisa y breve, y en su rostro se leía una expresión de decisión y de amargura.

— Hete al cabo dichosa, dijo el doctor. Después de tantos pesares, bien merecida tienes la dicha de que gozas. Eres una buena muchacha, hija mía, y tengo gusto en decirlo ante tu padre. Durante la corta enfermedad de la señorita Herminia, su hija de usted, caballero, se ha portado con un valor y una presencia de espíritu admirables.

Monfort, satisfecho, dirigió á su hija una mirada de orgullo.

— ¿Puedo preguntar, sin ser indiscreto, cuáles son los proyectos de usted?, dijo el doctor.

— Vamos á alquilar un piso reducido, contestó la joven, y viviremos dichosos. Cuidaré á mi padre... ¡Qué felices vamos á ser los dos juntos!

¡Cuán dichosa se sentía Marcela, pensando que al fin había logrado tener una familia verdadera, acabar con el aislamien-

to de corazón que tantas veces la había perseguido y lograr al cabo tener una casa que le fuese propia.

El doctor sonrió y meneó la cabeza, pues lo poco que había tratado á Monfort le indicaba que su carácter no era de los más á propósito para hacer feliz á una niña tan cariñosa é ingenua como era Marcela.

— ¿Has visitado á la familia Breault?, preguntó el doctor.

— No hemos ido todavía; pero vamos á ir, ¿verdad, papá?

La palabra «papá» salía como una música armoniosa de su boca risueña.

— Ciertamente, dijo Monfort.

La verdad era que aquellas visitas le fastidiaban, y de buena gana las hubiera suprimido. El doctor lo comprendió así; los despidió afectuosamente pretextando una ocupación, y al llegar al umbral de la puerta Monfort se volvió hacia el viejo médico, á quien dijo estrechándole vivamente la mano:

— Es usted un buen hombre.

Marcela miró á su anciano amigo, que recibió aquella frase y aquella mirada y las conservó en su corazón como se conserva lo más precioso.

Cuando estuvieron en la calle, la joven dijo á su padre:

— Vamos á casa de los Sres. Breault.

Monfort hizo un signo de asentimiento y la siguió con doci-

lidad, pues aquel hombre, acostumbrado á la vida independiente del que, siempre solo, no se cuida de nada, hallaba un placer inmenso en dejarse guiar por su hija. Llegaron ante la casa de sus amigos y Marcela llamó ahogando un suspiro. El chalet de la señorita Herminia siempre cerrado, le parecía un edén perdido para siempre.

La cocinera abrió la puerta y no sabía qué cara poner al hallarse frente á frente de Marcela. Pero ésta no tenía el alma rencorosa y la saludó con una sonrisa, pues cuanto le recordaba sus felices días, encontraba una acogida simpática en su alma.

Roberto salió á recibirlos, y al verlo Marcela sintió que todas las lágrimas que había vertido caían de nuevo sobre su corazón como una lluvia benéfica. Hasta entonces su pasado feliz, la cara imagen de la señorita Herminia, el recuerdo de sus horas de estudio, todo le parecía un sueño; ciertamente no se daba cuenta de que todo aquello fuera verdad, de que lo hubiese perdido para siempre; pero ahora en presencia de su amigo, sentía toda la inmensidad de la pérdida, y de nuevo el llanto se agolpaba á sus ojos.

Pero en medio de su desconsuelo, al ver á Roberto pensó que no lo había perdido todo. En la nueva existencia que iba á empezar al lado de su padre, siempre quedaría un hilo que la uniera al pasado.

Roberto acogió al padre y a la hija con una extraña sensación de alegría violentamente comprimida. Si se hubiera hallado solo con Marcela habría hablado largas horas con ella de su amiga ausente, de los pesares padecidos por la niña, de los que él por su parte había sufrido...; pero la presencia de Monfort le helaba. No le creía hostil, pero sí indiferente, y esto bastaba para no hablar ante él de aquellas cosas tan íntimas y de aquellos recuerdos tan queridos.

— ¿Qué va usted a hacer de Rosa?, preguntó en un momento en que la conversación decaía.

— Creo que se quedará con nosotros, ¿no es verdad, papá?

Monfort mascullo unas palabras de asentimiento. En realidad no le gustaba mucho Rosa por su carácter firme y decidido, y aun cuando ni a sí mismo se atrevía a confesárselo, estaba celoso del cariño que por ella sentía Marcela.

— ¡Qué lástima!, dijo Roberto sonriendo. Lo siento por nosotros, que habíamos pensado en tomar a Rosa si no tenían ustedes necesidad de ella.

Simón Monfort estuvo tentado de decir al joven que no tuviera delicadeza tanta y que por su parte no tenía ningún inconveniente en cederle a Rosa; pero su hija le había ganado el terreno antes que hubiese podido formular su pensamiento.

— ¿Y los estudios?, preguntó el joven.

Marcela suspiró; los estudios sin profesor le parecían menos atractivos que antes. Simón se levantó.

— ¿Se van ustedes ya?, dijo el joven. ¿No quieren ver a mi padre?

Marcela tenía ganas de ello; pero Monfort, salvaje por naturaleza y más salvaje todavía por su existencia independiente, sintió al hacerse aquella proposición un terror tan real, que expresó en términos breves y claros la necesidad que tenía de marcharse en seguida para acudir a una cita.

Simón y su hija volvieron a su casa, que se componía de dos pequeños cuartos amueblados. La comida fue aquel día silenciosa y casi triste, pues Marcela hubiera querido contar a Rosa las impresiones recibidas; pero conocía que con ello hubiera disgustado a su padre.

Cuando por la noche se encontró en aquel dormitorio que no pecaba de limpio y en la oscuridad de agradable a la vista, no pudo menos de acordarse de aquel lindo cuarto en que en otro tiempo dormía. Su padre encontraba en la habitación inmediata examinando unos papeles; había dado las buenas noches al tiempo que la besaba, y sin decirle una palabra más se había retirado a su habitación, por lo cual sentíase más triste y más desesperada que la noche en que marchó a Phalempin.

¿A qué debía atribuirse aquella extraña tristeza y que su corazón, nunca saciado de afectos, siempre descontento, echara de menos lo pasado? Parecía, por lo contrario, que debía estar llena de alegría y reconocimiento hacia el destino, que le había vuelto a su padre precisamente en el momento en que más necesitada tenía de protección y apoyo. Marcela dirigióse a sí misma mil reproches; se acusó de tener sentimientos perversos y acabó por derramar abundantes lágrimas al pensar que aquel modo de sentir no era justo y que no podía sentir de otro modo.

XXXIII

¿Qué voy a hacer con esta niña?, se preguntó Simón, en tanto que Marcela pensaba lo que hemos dicho. No puedo quedarme en casa para vigilarla continuamente, tanto más, cuanto que si soy bastante rico trabajando sólo para mí, soy pobre para mantener a dos sin trabajar.

Rosa le había ofrecido sus servicios. No pedía sueldo alguno y sólo deseaba servir por el afecto que profesaba a la niña que había adoptado la señorita Herminia, y de aquel modo le parecía que realizaba la obra benéfica emprendida por su ama; pero Monfort no aceptó su ofrecimiento porque su alma desconfiada no comprendía los servicios no pagados, alegando, no sin falta de razón, que aceptar lo que no puede devolverse equivale a imponerse una servidumbre. Este axioma, verdadero en otra época, causó gran pena a Marcela. Sin embargo, en sus conversaciones con Rosa durante las horas que Simón salía a ocuparse en sus asuntos, la joven consiguió obtener de la fiel criada que aceptase los gajes que Simón se obstinaba en ofrecerle. Quedó por lo tanto convenido que iría a vivir con ellos cuando hubiesen alquilado una habitación definitiva.

Monfort había ganado aquella primera escaramuza. Se hacía cargo de que faltaba todavía completar la educación de su hija... ¿Cómo lograrlo? En un externado sin duda. Tranquilo ya respecto de aquel punto, Simón buscó casa. Halló una que le convenía en la calle Bleue; era un sexto piso y se componía de dos habitaciones que daban al patio, comedor y cocina.

Durante los primeros quince días todo fue a pedir de boca. Rosa se había armado de una gran dosis de resignación para sufrir el mal genio del que interiormente llamaba «el oso.» El mal humor de Simón no hacía mella en su indiferencia, tal como la lluvia se desliza por los cristales, y así se evitaban choques y disputas. Pero cuando se trató del bienestar de Marcela, toda aquella filosofía desapareció.

Una noche Marcela después de comer se acercó a su padre con el ademán tímido y acariciador de una niña mimada, pero que sabe que no tiene derecho a imponer su voluntad.

— Papá, dijo Marcela, poniendo ambas manos en los hombros de Simón, desearía ir mañana a ver a los Breault.

Simón se volvió bruscamente como si hubiera recibido una herida.

— ¡Tus amigos Breault!, repitió. ¿Para qué?

El tono era duro, la palabra seca, la mirada severa; Marcela inclinó la cabeza y apoyó la barba sobre sus manos cruzadas, que apoyaba en el hombro de su padre.

— Quisiera verlos, dijo; hace mucho tiempo que no he visto a Julio y mañana es domingo. Además quisiera preguntar a Roberto respecto a mis lecciones; pues en el libro de historia hay alguna cosa que no entiendo bien.

— ¿Estudias, pues, sola?, preguntó Simón sorprendido.

— Es preciso, papá; aún no sé todo cuanto he de estudiar, y cuando haya de examinarme...

— ¿Qué dices de examinarte?, preguntó bruscamente Monfort, ¿para qué?

— Pues... para ganarme la vida cuando sea mayor...

Monfort reflexionó y aquellas reflexiones no eran nada halagüeñas. Marcela hablaba de exámenes y era evidente que había dispuesto un plan de vida ó lo habían dispuesto otros para ella, sin cuidarse para nada de su parecer. Antes era natural que estudiara; pero ahora que había vuelto él no le gustaba que su hija llevara a cabo proyectos que él no sabía; quizá lo tenía merecido, pero resultaba aquello bien poco agradable. De repente tomó una resolución que meditaba desde hacía tiempo.

— No te examinarás, dijo con tono firme; no tienes necesidad de ganarte la vida. Soy tu padre y quiero tenerte junto a mí. Irás al colegio si es preciso, pero durante un año únicamente, el tiempo preciso para terminar tu educación. Vivirás conmigo y no tienes que pensar en el porvenir.

Marcela escuchaba sin replicar; luego retiró suavemente las manos del hombro de su padre; le parecía gran crueldad que le quitaran la esperanza de que un día pudiera bastarse a sí misma; su vida entera se había encaminado hacia tal fin, y no es posible en un momento cambiar de planes por completo. Además la palabra «colegio» la había asustado.

— Sin embargo, papá, quisiera visitar a los Sres. Breault si me lo permite usted.

— Otro día hablaremos, gruñó Simón; ahora estoy trabajando y me estorbas. Déjame en paz.

— Buenas noches, papá, dijo Marcela presentando la frente a su padre, que la besó y se quedó escribiendo.

Simón Monfort había encontrado ocupación hacía pocos días en una fábrica, y esto, si bien le proporcionaba mayor suma de dinero con que atender a sus necesidades, le robaba gran parte de su tiempo.

En tanto que continuaba el padre de Marcela escribiendo, en la cocina sonaba un rumor de mil diantres, producido por las cacerolas que Rosa hacía entrecuchar, movida de la sorda cólera que sentía.

De repente, la puerta de la habitación en que trabajaba Simón se abrió con estrépito y se cerró de nuevo. Levantó los ojos y vio a Rosa que apoyada en el marco de la puerta, según costumbre, le miraba con cara de pocos amigos.

— ¿Qué se ofrece?, preguntó interrumpiendo su tarea.

— Que me dé usted órdenes para las comidas de mañana.

Monfort, a fuer de hombre que durante mucho tiempo había engullido sin reparar cuanto le presentaban, tenía un santo horror hacia aquellos detalles.

— De una vez para siempre le digo, respondió con tono brusco, que no me moleste; haga lo que quiera.

Y se puso a escribir de nuevo, pensando que quedaba terminado aquel asunto.

— Muy bien, señor, contestó Rosa impasible; el señor es el amo y puede disponer lo que guste; pero si se figura que lo que está haciendo con la señorita está bien hecho, se equivoca.

Aquella admonición, que no venía a cuento, cogió de sorpresa a Monfort, que contestó a ella con una mirada terrible.

— La señorita me ha dicho, continuó la sirvienta, que mañana pensaba ir a casa de los Sres. Breault, y me parece que tiene de ello necesidad, porque si no, viviendo en esta habitación poco aireada, es capaz de ponerse enferma.

— Llévela usted a pasear por el Jardín de Plantas, gruñó Simón, escribiendo de nuevo.

— No es el Jardín de Plantas precisamente lo que conviene a la señorita, continuó Rosa sin commoverse. Esta niña quería hablar de la señorita Herminia con los que la han conocido, y además el señorito Roberto ha sido su profesor por pura benevolencia, y no habiéndole pagado, bien se le deben algunas compensaciones.

Calló y quedó inmóvil con la mirada vaga, según su costumbre. Simón hizo girar la silla y la miró frente a frente.

— ¿Se ha figurado usted, dijo, que sufriré en mi casa otro amo que yo? Vaya usted a la cocina y ande con cuidado en salir de ahí.

— Muy bien, señor, contestó la imperturbable criada; sé todo el respeto que se debe al señor y no lo olvidaré; pero si se figura usted que es un buen padre, se engaña de medio a medio.

Dicho esto, desapareció con una rapidez extraordinaria, y cuando Simón abrió la boca para contestar, se encontró con que ya no estaba.

Convencido de que no tenía argumentos sólidos con que deshacer los que la criada aducía en favor de sus teorías, aburrido por esa impotencia que sentía, y además porque ninguno de los números que estaba amontonando en columnas cerradas daba el resultado que quería, equivocando a cada paso sumas y restas, Simón cogió el sombrero y salió, con gran escándalo de la portera, pues habían dado ya las once de la noche.

Pensando en todos los deberes que se había echado encima al encargarse de Marcela, después de haberla tenido por tanto tiempo, no olvidada, pero sí perdida, imaginaba que a cambio de aquellos deberes debía tener por compensación, y cuando menos, el derecho de instruir a su hija como bien le pareciera.

Una vez establecido aquel punto, se le antojaba asimismo que como instrucción tenía su hija ya la suficiente para poder hacer buen papel en el mundo y ser una buena madre de familia.

— Su madre distaba mucho de ser tan instruída, y sin embargo fue un modelo de esposas.

Esto fue cuanto pensó acerca de aquel punto. No obstante, cruzó por su mente una vaga idea de la imposibilidad de que su hija pasara junto a él toda su adolescencia hasta que pudiera encargarse del gobierno de la casa paterna y adquirir, por ello, cierta independencia.

Más avezado a las costumbres norteamericanas que a las de la vieja Europa, esperaba con impaciencia el momento en que su hija, ya mujer, pudiese entrar y salir y hacer sus correrías sola, sin necesidad de la escolta de Rosa que, como vulgarmente se suele decir, se le había atragantado.

Aquella época llegaría, como llega todo en esta vida; pero entretanto, Monfort se había indignado por aquella invasión de Rosa en el dominio de sus sentimientos íntimos. En el fondo la vieja criada no había hecho más que repetir ideas y pensamientos que ya se le habían ocurrido a él. Bien conocía que habiendo educado a Marcela otras personas que su familia, debía haber contraído la niña obligaciones que era preciso pagar con atenciones por lo menos; y se decía que se vería obligado a dejar que aquellos protectores y amigos de la niña continuaran ejerciendo influencia en su ánimo. Y al pensar esto, el ser despótico y brusco que dormitaba siempre en Monfort, se reveló de repente para protestar con furor.

— No lo quiero, exclamó; no quiero que los otros tengan influencia sobre ella. ¿Porque le han prestado algún servicio? ¿Quién hay que no haya prestado alguno a sus semejantes en esta vida? Si la señorita Herminia viviese, no digo que no debiera estarle reconocido y tener para con ella toda suerte de deferencias. ¿Pero a los otros? Estoy seguro de que los cuidados que han tenido para con Marcela eran para agradecer a su protectora, así es que yo no se los debo agradecer.

Aquel razonamiento capcioso satisfizo a Monfort; pero no pudo convencer al Monfort que era buen padre y hombre de sentimientos elevados. Si Marcela quería a sus antiguos amigos, lo que después de todo era muy natural, ¿no quedaría afligida privándola de ellos?

— ¡Bah!, dijo, es joven y está en la edad en que todo se olvida sin trabajo. Y además, aun cuando debiera padecer por ello, también es preciso que ceda. Esta vida es una cadena no interrumpida de pesares, y bueno es acostumbrarse a ellos desde la juventud. Al fin y al cabo soy su padre, y el amor mío la indemnizará de cuanto pueda perder tocante a sus amigos.

Después de hacer estas reflexiones, Monfort, tranquilo y del todo calmado por el paseo que diera, volvió a su casa.

Al día siguiente, luego de desayunarse, salió con su hija y la hizo pasear por las principales calles de París; comió con ella en el restaurant, y por la noche la volvió a su casa con una jaqueca atroz, producida por el cansancio y por aquellos alimentos a los cuales su estómago no estaba acostumbrado. Desde entonces la joven no manifestó deseos de salir a paseo.

XXXIV

Rosa callaba; para quien la conocía, aquel silencio amenazaba tempestades; pero Simón no se cuidaba de ello, y ganaba un sueldo suficiente para subvenir a las necesidades de la casa sin mermar el capitalito que había recogido. Después de pagar todos los gastos de instalación le quedaban unos 30.000 francos, que serían la dote de su hija.

Rosa había entregado a Marcela, a pesar de la negativa de ésta, los famosos tres billetes de mil francos que su ama le diera para llevar a casa del notario.

— Son tuyos, hija mía, le había dicho varias veces; no los



Marcela fue la que tendió antes la mano a Roberto

des a tu padre, que es un buen hombre, pero algo estafalario; y si algún día le diera la idea de irse a América otra vez?..

Marcela, escandalizada, había protestado; pero Rosa la obligó a obedecer, y la niña ocultó entre su ropa blanca un portamonedas muy feo, que contenía los billetes.

No bastaron todos los razonamientos de Rosa para convencer a Marcela, pues había en aquel misterio algo que repugnaba profundamente a su naturaleza franca y sencilla.

Durante las largas horas que pasaba trabajando en sus labores, reflexionaba sobre aquello, y al cabo, habiendo tomado una resolución definitiva, pidió permiso a su padre para ir a llevar flores a la tumba de la señorita Herminia.

Monfort arrugó el entrecejo maquinalmente; pero otorgó el permiso pedido. Rosa y Marcela hicieron la peregrinación proyectada.

Saliendo del cementerio sin haber cambiado una sola palabra, como por un acuerdo tácito, se dirigieron hacia la casa del anciano médico, a quien no encontraron.

La sirvienta las hizo entrar en la casa y les ofreció un refresco, luego de hablar un rato, y después de haber encargado mil recuerdos afectuosos para el doctor, la niña y su acompañante se retiraron.

— ¿Tomaremos el ómnibus?, preguntó Rosa a Marcela.

— No, contestó ésta; vamos a ver a los Sres. Breault.

Esto era, precisamente, lo que quería Rosa; pero prefería que la iniciativa partiera de la niña.

Marcela misma fue la que llamó, la que pasó primero y la que tendió antes la mano a Roberto. Rosa quedó admirada de aquella desenvoltura.

Después de cruzar las frases afectuosas de costumbre, el joven dijo:

— Voy a llevarlas donde está mi padre...

— Luego, contestó la niña; pues antes tengo que comunicar a usted una cosa y encargarle una comisión.

Buscó en su bolsillo y puso sobre la mesa, a la vista de Rosa, el portamonedas que contenía los tres mil francos.

— Esto no es mío, Sr. Roberto, dijo; Rosa me lo ha dado, pero tampoco era suyo. Quería entregar esta cantidad al doctor, pero no hemos podido dar con él. ¿Tendría usted la bondad de dársela en cuanto lo vea?

Roberto la miró con sorpresa. Rosa extendió la mano.

— Eso es tuyo, hija, dijo; porque ya sabes que la señorita Herminia te habría dotado si hubiera tenido tiempo para ello. Marcela se levantó y puso una mano sobre el hombro de su amiga.

— Ese dinero no es mío, Rosa, dijo; ¡y usted lo sabe de sobra!

— Está bien, Marcela, dijo Roberto con su voz grave; entregará estos tres mil francos al doctor; ha hecho bien, y apruebo su conducta.

— ¡Ah!, suspiró suavemente Marcela; ya sabía que esto sería de su agrado.

Caíó y bajó los ojos con el rostro resplandeciente de felicidad, en tanto que Rosa se iba en silencio sus lágrimas.

— Vamos á ver á mi padre, dijo Roberto.

El Sr. Breault miró largo rato á Marcela. Aquel rostro juvenil parecía un rayo de sol en aquel cuarto triste del parálitico, que algunas veces quedaba solo, á pesar de toda la abnegación de su hijo. En tanto que hacía charlar á la jovencita, Roberto interrogó al oído á Rosa.

— ¿Es dichosa?

La vieja criada hizo un gesto negativo, con tal energía, que llamó la atención de su protegida. Rosa empezó entonces á explicar, en voz baja, todas las perrerías de Monfort, y no se hubiese parado en mucho tiempo, si el reloj, dando las cuatro, no le hubiese advertido que era hora de preparar la comida de aquel hombre atrabiliario.

— ¡Me echará á la calle!, exclamó Rosa.

— Acuérdese usted, respondió cariñosamente Roberto, que siempre tendrá aquí un asilo y... ella también, añadió en voz baja.

— Gracias, Sr. Roberto, contestó Rosa, no lo olvidaremos. Vamos, Marcela, vamos.

Esta obedeció dócilmente. El Sr. Breault la atrajo hacia sí y la besó con ternura en la frente, y cuando la puerta se hubo cerrado tras ellas, dijo con tristeza:

— ¡Si hubiéramos podido tenerla con nosotros!.. ¡Qué lástima que haya encontrado á su padre!

Roberto en el fondo de su corazón pensaba lo mismo.

XXXV

— No, Rosa, exclamó un día Monfort, tirando la servilleta sobre la mesa; esto no puede continuar así. Ya estoy harto de sus sermones, de sus observaciones respetuosas, de sus letanías de toda especie; es preciso que nos separemos, pues entiendo que debo ser el amo en mi casa, y no lo seré mientras esté usted en ella.

— Muy bien, señor, contestó Rosa sin turbarse. En esas escaramuzas diarias, Rosa llevaba siempre la ventaja, pues Simón montaba en cólera, mientras que ella permanecía quieta é impasible como una roca.

— ¿Y qué va á hacer el señor de la señorita?

— ¿Mi hija? Pues se quedará conmigo. ¿Qué quiere que haga de ella?

— No lo sé; pero, según la vida que me parece va á llevar con su padre, quizá hubiera valido más encerrarla en un colegio cualquiera.

— ¡La suerte de mi hija sólo á mí me atañe, gritó Monfort. Rosa salió. Marcela quedó un rato sola con su padre, que se paseaba con aire irritado.

— ¿Lloras?, preguntó deteniéndose ante ella.

— No, papá, contestó la joven.

— Eso te causa pena, repuso con aire malhumorado.

— Sí, papá, contestó la niña. Pero no se aflija por ello; Rosa le fastidia á cada momento; pero no es culpa suya, puesto que, acostumbra á mandar en casa de la señorita Herminia, no sabe corregirse de esa costumbre. Yo le cuidaré á usted muy bien; ya verá como todo lo tengo á punto.

Bajó los ojos y sus labios se estremecían. Simón continuó sus paseos, encantado de ver tanta obediencia y tanta humanidad, que no esperaba. Pero no le gustaba ver que entre su hija y él, ella resultaba siempre que tenía razón.

— Sin duda te decía continuamente Rosa que yo era un monstruo, dijo después de una pausa.

— No, papá, jamás Rosa ha hecho sino alabarle á usted en mi presencia.

— ¡Pero no me podría tragar!, exclamó Monfort con arrebató.

Marcela no contestó. Era bien poco probable, en efecto, que Rosa, desde el fondo de su corazón llenara á Simón de bendiciones; pero bastante hacía con no decir mal de él delante de la niña. Monfort lo comprendió así.

— Vé á á despedirte de ella, dijo cariñosamente, y dile que podrá venir siempre que quiera verte; dile también que le doy las gracias por lo que ha hecho por ti...

Marcela salió sin contestar; aquella vez lloraba. Su despedida fué tierna, pero corta, ya que Rosa, en las grandes ocasiones, tenía una especie de filosofía particular.

— No pases cuidado por mí, hija mía, exclamó; voy á casa de nuestros amigos los Breault, que han cambiado seis veces de muchacha desde que han vuelto de Niza. Tú quizá pases una mala temporada, pero tu padre se aburrirá pronto de cuidar de ti. Tu padre es un buen hombre y te quiere mucho, pero no ha nacido para educar muchachas.

Diciendo esto, estrechó á Marcela contra su corazón, abrió la puerta del comedor, lanzó á Simón, que estaba solo, un «¡Adiós, señor!» y bajó la escalera.

Cuando estuvo en la calle, sintió algo tibio que le caía en las manos; admirada, pensó en lo que podía ser aquello, y advirtió que por sus mejillas corrían amargas lágrimas.

Pasó el revés de la mano por aquellos ojos que habían olvidado su deber, y se marchó tranquilamente hacia la calle de la Bomba.

Encontró al enfermo solo, que la recibió y le hizo mil confidencias acerca de la criada actual; Rosa le escuchó respetuosamente, y cuando hubo terminado se fué á la cocina.

— Hija mía, dijo Rosa, quítese el delantal y lárguese. Vuelva á las seis y el señorito Roberto le pagará lo que se le deba. La muchacha se largó sin acabar de comprender qué sucedía.

Sin perder un instante, Rosa se puso á fregar, lavar y bruñir, con tanta prisa, que Roberto, al entrar, oyó la alegre música de las cacerolas metálicas.

— ¿Qué significa eso?, preguntó. ¿Es usted, Rosa?

— Soy yo, señorito Roberto; estoy decidida á morir aquí y á servirles hasta que esto suceda.

— ¿Y Marcela?, preguntó el joven.

— Marcela ha quedado en su casa; su padre no es malo, pero... como oso, lo es... ¡Paciencia!; Ya acabará por ser nuestra!

— ¡Pobre niña!, dijo Roberto. ¡Pobre ser débil, que no había nacido para padecer!

— Y luego, señorito Roberto, también le queda la señora Jafin...

Después de pronunciar estas palabras, Rosa se fué á la cocina y cerró la puerta con tanta violencia, que bailaron todas las cacerolas.

— ¡Pobre mujer!, pensó el joven, también ella tiene pesares.

XXXVI

Marcela trabajaba cuanto podía, según había prometido. Después de haber arreglado la casa, tomaba á menudo una labor cualquiera, y junto á la ventana pasaba horas y horas tirando de la aguja con regularidad incansable. Durante aquellos ratos pensaba continuamente en la casa de la calle de la Bomba; en el Sr. Breault, eternamente sentado en su sillón y que tan bueno y cariñoso era; en Julio, tan dispuesto, tan vararacho, tipo acabado de colegial inteligente y revoltoso, y luego pensaba en Roberto, tan paciente, tan serio; en Roberto, que llevaba ya, siendo tan joven, todo el peso de los asuntos de la familia sin que nadie le ayudara.

Su imaginación la arrastraba entonces hacia la casa solitaria con tan dolorosa insistencia que renunciaba á su labor y se entretenía en algún problema de aritmética. Su padre por la noche le daba lecciones variadas; era un buen profesor, de inteligencia clara y palabra precisa, pero falto de paciencia.

Había aceptado esta vida sin reproche ninguno; su corazón filial le decía que el haber encontrado un padre, era una dicha inmensa, mucho mayor de la que jamás, al sentirse abandonada, había soñado.

Su padre iba á casa á horas intempestivas y cada día diferentes, pues tenía la costumbre de dar largos paseos.

Después de cenar salía también, y paseaba horas enteras con la cabeza desnuda, el sombrero en la mano, pensando en sus asuntos, en sus deberes y en su hija, cuyo porvenir le preocupaba más de lo que quería confesarse.

Durante aquel tiempo, Marcela, con el corazón lleno de angustia, sola en la habitación, escuchaba los menores ruidos, que tomaban para ella proporciones enormes. En su infantil imaginación todo se reducía en aquellos momentos á esta plegaria muda: «Con tal que no le haya sucedido ninguna desgracia!»

Marcela sabía que las desgracias llegan pronto, como el ser en apariencia más bueno puede pasar de vida á muerte en un sólo momento. Entonces, medrosa y asustada, oraba de nuevo, y parecía que se calmaba algo su terror.

Así estaba rato y más rato, sofocando el ruido de la respiración, esperando que de un momento á otro los pasos de su padre se acercarian á la casita.

Al día siguiente de estas terribles noches estaba muy pálida; sus movimientos menos vivos, su voz menos argentina, llamaban á veces la atención de su padre.

— ¿Qué tienes esta mañana?

— No he dormido bien.

Simón la miraba un instante; luego, como no le parecía que estuviese enferma, volvía á sus pensamientos, en tanto que ella continuaba sus quehaceres domésticos.

A la larga, sin embargo, advirtió que había una extraña coincidencia entre sus paseos nocturnos y las noches de insomnio de su hija.

— ¿Duermes acaso mal cuando yo vuelvo tarde?, preguntóle un día bruscamente. Es quizá que te despierto al entrar.

— No, papá; pero cuando tú te marchas me sobrecoge un gran miedo y no puedo dormir.

Mirando la trizteza que cubrió el rostro de Simón, se apresuró á añadir:

— ¡Pero papá, no hagas caso de ello, no vale la pena!

Durante quince días Monfort se abstuvo de salir; pero al cabo de ellos, la pasión de su noctambulismo fué más fuerte que su voluntad, y después de sostener mil combates consigo mismo y de reprocharse su conducta, acusándose de mal padre, salió una noche, creyéndola dormida, y así en las sucesivas.

Aquella jovencita adelgazaba cada vez más: se trasparentaba como una lámpara de alabastro, y sus ojos, más grandes cada día, tenían una expresión ideal, pero que hubiese espantado á una buena madre. Rosa iba á verla una vez cada mes cuando menos, la sacaba á pasear con permiso de Monfort, y después de aquellos paseos, que parecían reanimarla, la pobre joven palidecía más y más y se desmejoraba rápidamente.

Rosa un día habló de ello á Monfort.

— Pensará usted lo que quiera, dijo; pero veo que la niña se muere de pena; no basta ser un buen padre y querer á su hija; una niña educada como ésta, necesita cuidados que usted no puede darle... Es usted el amo y puede hacer su voluntad; pero mucho me temo que Marcela no llegue á los diez y seis años. Me parece que no vive ni un año más.

Y se marchó sin escuchar la réplica que indudablemente iba á darle su antiguo amo.

— ¡Vieja loca, exclamó éste en el momento en que la puerta se cerraba; pájaro de mal agüero! ¿Marcela enferma? ¡Ja!, ¡ja!.. Pero aquella risa sonaba más bien lúgubre que alegre, y movido por su amor paternal, abrió la puerta que separaba su cuarto del de su hija.

— Marcela, dijo, ¿es verdad que estás enferma?

— ¿Yo?, contestó, volviendo hacia él su rostro pálido que el paseo había manchado de color de rosa. Tengo un poco de pereza, pero no estoy enferma.

— ¿Perezosa?, repuso el padre, que la veía trabajar como de costumbre.

— Sí; cuando he trabajado mucho ó andado algo, tengo unas ganas de dormir que me dominan; quizá es que no hago bastante ejercicio. Y luego á veces siento un dolor aquí, en el corazón; pero supongo que esto será porque estoy creciendo.

Monfort miró á su hija, y el gesto doloroso que en aquel momento hacía le recordó el gesto cansado de su pobre mujer.

— ¿Mal aquí?, dijo indicando el corazón.

— Sí; alguna vez, se diría que de repente paran los latidos, y entonces es cuando siento el dolor; pero no es gran cosa y puedo soportarlo.

Simón murmuró:

— No será nada, y volvió á su cuarto.

¡Cuántas veces su pobre mujer le había dicho que sentía dolor en el corazón y él no hacía caso, pensando que todo eran aprensiones ó mimos! Y el día... el último día, cuando pedía, por favor, aquella noche de reposo, aquella noche suprema, que debía ser para ella la de la tumba, ¿qué le había contestado?.. Se estremeció de pies á cabeza recordando lo que hoy, viendo más claro, llamaba su estúpida crueldad.

— Y ahora Marcela sigue el mismo camino, pensó, y estoy á pique de empezar con la hija lo que hice con la madre. ¡Bárbaro egoísta, que no sabes pensar sino en ti, no eres digno de tener familia!

Apretó la cabeza entre las manos y se entregó á profundas reflexiones. Cuando más absorbido estaba por ellas, sintió una suave mano que se posaba sobre su hombro.

— Papá, supongo que no está usted triste, ¿verdad?

Levantó la cabeza y miró con sus ojos sombríos los claros ojos que buscaban los suyos.

— No se entristezca, añadió la voz armoniosa, y sobre todo por mi causa. Estoy segura de que Rosa le ha dicho alguna tontería; pero ya sabe usted que no vale la pena de tomarla en serio. Le aseguro á usted que soy muy dichosa á su lado, papá.

— ¿Te ha dicho que no eras dichosa conmigo?

— No, no me lo ha dicho, contestó con acento de irrecusable sinceridad la jovencita. No, no hablamos nunca de ello, pero sé que Rosa lo piensa.

La voz argentina parecía mojada en lágrimas, y los ojos, brillantes y sonrientes, miraban con cariño á Monfort.

— Hace ya diez y ocho meses que vivimos solos, papá, añadió Marcela; bien pronto tendré quince años, y nunca como ahora he sentido la dicha de haber encontrado á usted. Además ha sido para mí tan bueno.

Su voz se había cansado y debilitado, la sonrisa había desaparecido y la expresión enternida que tenía á veces su rostro se acentuaba.

Monfort la tomó de repente entre sus brazos.

— ¡Dime que me quieres!, exclamó con un grito del alma; es una mentira que no te cuesta nada y que no te será contada como un crimen; dime que eres dichosa.

— ¡Oh, sí, le amo, papá!

— ¡Es verdad, pero no eres dichosa! Un viejo gruñón como yo no es la compañía que necesitas. He sido egoísta; creía obrar bien y esa es mi excusa; pero ten un poco de paciencia, y te juro, alma mía, que tendrás una existencia como tú mereces.

— ¿Va usted á dejarme?, preguntó Marcela con terror.

— No, está tranquilo: lo arreglaré de modo que todos seamos felices. Amame únicamente como me has querido hasta aquí, y te prometo que mereceré mejor tu amor.

Marcela rompió á llorar; el pensamiento de que podía haber dejado ádivinar á Rosa ó á su padre lo que sufría interiormente, la atormentaba como un remordimiento. Su padre consiguió calmarla á fuerza de palabras cariñosas, y por la tarde estaba tranquila y más alegre que desde hacía mucho tiempo.

XXXVII

— Doctor, dijo Monfort al viejo, que le examinaba en silencio; mi mujer ha muerto de una enfermedad del corazón, y desearía saber si esas dolencias son hereditarias.

— Algunas veces, contestó el doctor.

Simón quedó pensativo. Lo que tenía que decir le causaba un verdadero esfuerzo. Lo hizo y prosiguió:

— Marcela tiene palpitaciones, ahogos, y dice que alguna vez parece que el corazón se le detiene.

— No es extraño, dijo el doctor sin mostrarse sorprendido. Monfort le miró con ojos irritados.

— ¿No le importa á usted esto? Entonces no es grave.

— Puede serlo, y en tal caso sí me importaría; pero el remedio no está en mi poder.

— ¿Qué es preciso hacer, pues?, preguntó el padre bajando la cabeza como un culpable.

— Aire, ejercicio, cuidados, una vida dichosa, y nada de lágrimas, ni una; son el veneno más seguro.

Monfort miró al suelo sin responder y en sus ojos sombríos el doctor vió brillar lágrimas.

— La he hecho desgraciada, dijo el padre desolado. La he separado de Rosa, que es insoportable, pero que es á quien ella quería; la he privado de aire y de paseos... Soy incapaz de educar una niña... Diga usted, doctor, ¿qué es preciso que yo haga para salvar á la hija de mi alma si todavía es tiempo?

Hablaba aprisa y no quería enjugar sus lágrimas por temor de llamar la atención del médico sobre su rostro descompuesto; pero el anciano sabía ver sin mirar, y contestó con acento que inspiraba confianza y casi alegre:

— ¿Morir? No se trata de eso. Espero que Marcela vivirá cien años. Ciertamente ha heredado una predisposición para las afecciones cardíacas; pero esto se puede curar á su edad, y no creo posible que esté seriamente atacada. De todos modos, tráigamela usted.

— Sí, doctor, dijo Simón con el mismo acento desolado; ya sé yo qué la curará, el no vivir conmigo.

— ¡Qué idea!, replicó el doctor; ¿si volviera usted á tomar á Rosa?..

— ¡Jamás, por vida mía, murmuró el irascible Monfort. Es una mujer perfecta, convengo en ello, dijo; pero resulta de la prueba que hemos hecho que no puedo yo vivir bajo el mismo techo que ella.

El doctor reflexionaba y Monfort le miraba ansiosamente.

— Soy demasiado viejo, dijo el doctor, y achacoso. Mi criada, por otra parte, es más vieja que Rosa y mucho más gruñona; pero ¿qué diría usted de los Breault?

— ¿Los Breault? ¿Para qué?

— Antes de contestar, dígame usted cuáles son sus planes respecto de Marcela.

— No tengo plan, pero procuraré hacer lo mejor que pueda. Había pensado ponerla en un colegio...

— Muy bien, dijo el doctor aprobando la idea; un colegio en Passy, ¿no es eso? ¿Y usted qué va á hacer?

— A fe mía que casi había pensado en abandonar á París. Teniendo á Marcela encerrada en un colegio, no le hago falta alguna, y en cambio puedo emplear mi tiempo en redondear su dote, y por más que me quiere, no le haré mucha falta.

— Si no quiere usted que enferme de veras, no le repita estas palabras, dijo el doctor con tono severo. ¿Cree usted que su hija no le ama? ¿Cree que hubiera podido vivir tanto tiempo en su compañía, privada de todo cuanto había querido, si no hubiese encontrado en usted una compensación de todo lo que le faltaba?

— ¿Lo cree usted así?, dijo el padre encantado y regocijado.

— Usted mismo debe saberlo. Ese corazón tierno sufrirá ya mucho si usted se marcha, sin que haya necesidad de afligirle más profiriendo ese reproche inmerecido.

— ¿Y si me quedaba?, preguntó Simón medio convencido.

— Entonces sería preciso consentir en vivir menos retraído, en cultivar el trato de las gentes, frecuentar las casas amigas, admitir visitas, escoger amistades para su hija.

— No podré jamás, repuso Monfort con desconsuelo. Soy una especie de salvaje, que no he nacido para esa vida... Más vale que me marche... con tal que sienta un poco mi ausencia...

— No es preciso que se vaya usted, dijo el doctor extendiendo afectuosamente la mano hacia el brazo de Simón. Ponga usted á su hija en un colegio...

— Y ¿qué será de mí?, gritó el pobre padre levantándose; yo, que estoy acostumbrado á su presencia, á su bondad; yo viviría solo en mi leonera, donde vendría á verme el domingo, ¿no es verdad? No, caballero, si me separo de mi hija será para distraerme merced á un trabajo encarnizado, pero volveré, vol-

veré para verla de cuando en cuando, para impedir que me olvide, para que me quiera siempre...

Inclinó la cabeza sobre el pecho. El doctor respetó la emoción; pero cuando Monfort volvió á mirarle, le estrechó vivamente la mano.

— Es usted todo un hombre digno, dijo, y un buen padre. Deje pasar algún tiempo, y estoy seguro de que se llevará usted muy bien con Marcela... Un año ó dos bastarán.

— ¡Ah, cuánto lo deseo!, suspiró Monfort desde el fondo de su corazón.

XXXVIII

Marcela entró de interna en un colegio, lo cual le costó muchas y muy amargas lágrimas, porque había puesto en su padre ese profundo amor, que ponía en todas las personas que trataba.

Para convencerla, Monfort pretextó la necesidad de un viaje á Inglaterra, que quizá duraría meses.

Al cabo de algunas semanas, Monfort, que iba á verla todos los jueves y la sacaba á pasear todos los domingos, anunció una ausencia bastante prolongada y le permitió pasar los días de salida con Rosa.

En el primer momento no advirtió la gran concesión arrancada á su padre; pero la notó después reflexionándolo. Rosa la llevaba á casa de los Breault, donde encontraba á sus antiguos amigos y además una hermana del Sr. Breault que había venido de su provincia á instancias de Roberto para cuidar al enfermo y por la que Rosa sentía gran afecto.

— ¡Es el viviente retrato de la señorita Herminia!, decía con énfasis.

Por cierto que al verla sintió extrañeza suma Marcela, pues no comprendía en qué se podía parecer aquella señora de facciones pronunciadas, alta y flaca, á su querida bienhechora, cuyo rostro sonrosado y redondo tenía expresión casi infantil. Era sin duda la semejanza moral que se advertía entre las dos señoras lo que hizo equivocar en lo demás á Rosa. La señorita Julia no tenía la imaginación romántica; pero en cuanto á dulzura en el trato, á cariño y benevolencia para con todos, tenía gran semejanza con la señorita Herminia.

El Sr. Breault se sentía renacer con los cuidados de una mujer de su familia. Roberto tenía de aquel modo más tiempo para sus estudios y trabajos, y Julio, á pesar de su lengua impenetrable, iba perdiendo sus modales bruscos y decididos y parecía un jovencito cuidado por una mano maternal.

En aquella casa, que ya le era familiar, introdujo de nuevo Rosa á Marcela, y ésta bien pronto se captó las simpatías de la señorita Julia.

Monfort no volvía. Trabajaba sin descanso allá en Ultramar y ganaba sumas fabulosas, según decía. Las cartas eran alegres, pues conocía que sus esfuerzos se verían recompensados mejor que con dinero: con la dicha de su querida hija.

Lejos de ella había procurado modificar su carácter, y aquellos de sus subordinados que le habían conocido cuando su primer viaje, estaban admirados de ver su humor más bueno, sus palabras menos duras, todo su ser, tan enérgico y sufrido como siempre, más generoso, más indulgente, más compasivo...

— Ya basta con que haya dejado morir á la madre; es preciso que la hija sea dichosa.

Tal era la divisa de aquel rudo obrero que supo librar y ganar una vez más la gran batalla de la vida, admirado de sentirse mejor dispuesto á la lucha que cuando era más joven y más ardiente...

Pasó tiempo; Marcela acababa de cumplir los diez y siete años, y el doctor había escrito una larga carta á Monfort, advirtiéndole la necesidad próxima de sacar del colegio á la joven, cuando un incidente imprevisto desbarató la casa de la calle de la Bomba.

Una tarde de invierno, descolgando ropa de un armario, la señorita Julia hizo un movimiento tan desgraciado que cayó y se fracturó el antebrazo. Su herida no tenía importancia alguna, ¿pero dónde irían á parar aquellas preciosas llaves que sonaban continuamente en las manos de la señorita Julia? Rosa estaba allí; pero Rosa no tenía ya las piernas de los quince años.

La señorita Julia entregaba de buena gana las llaves á Marcela, á la que llamaba su edecán. Y seguía con ojos complacidos aquella forma ágil que iba y venía por la escalera y por los corredores.

— ¿Qué sería la casa si no viniera ella?, observó un día el Sr. Breault mirándola.

Era una hermosa mañana de Junio; próxima á los rosales enanos del parterre, Marcela enderezaba los capullos de rosas; cortaba las flores marchitas y daba á aquel rincón de tierra el aspecto dichoso y gentil de los niños bien cuidados.

La señorita Julia suspiró profundamente. Sus dos sobrinos habían salido la víspera para un viaje bastante largo. Julio ganaba una buena suma anual, se bastaba á sí mismo, y su padre podía desde entonces pensar sin amargura en irse de este mundo. Pero á medida que su espíritu se calmaba, tomaba un interés más vivo por la joven, que aparecía de tiempo en tiempo en su casa, donde hubiera querido conservarla como una flor, como un destello de luz.

Ocho días después de haberse marchado los jóvenes, Rosa, muy aturrullada, se presentó en el colegio de Marcela. La hora era extemporánea y aquel día no era de salida; pero obtuvo al fin, no sin pena, que dejaran salir á la joven, y en el coche que las conducía á la calle de la Bomba le explicó sus terrores.

El Sr. Breault acababa de tener un segundo ataque. La señorita Julia había perdido la cabeza, lo que no era extraordinario, según añadió Rosa: era preciso velar y cuidar al enfermo, y el doctor había ordenado que fuesen á buscar á Marcela.

La jovencita se instaló á la cabecera de la cama del señor Breault, y éste, abriendo los ojos á la luz de la inteligencia, sonrió al lindo rostro inclinado hacia él.

— Hija mía, dijo.

Marcela se ruborizó y apartó los ojos, velados por una discreta lágrima.

Ciertamente que quería como á un padre á ese anciano que siempre había tenido para ella palabras de ternura; ¿pero era posible olvidar al verdadero padre, al que trabajaba allá abajo y que tanto había sufrido por ella? Su corazón le contestó que bien podía conciliar las dos ternuras sin causar daño á nadie. Por otra parte, de momento lo más importante era disputar á la enfermedad aquel á quien sus hijos no podían cuidar. En fin, á principios de julio los dos hermanos volvieron llenos de inquietud, con el corazón oprimido.

En el comedor estaba el Sr. Breault, instalado en su sillón, escuchando la lectura que le hacía Marcela.

— No veo, dijo ésta al cabo de un rato; voy por una luz.

Se levantó y se estremeció al ver dos sombras negras que ocupaban el fondo del comedor.

— Querida Marcela, querida hermana, dijo cariñosamente Julio; usted nos ha conservado á nuestro padre.

Roberto no dijo nada; le había tomado la otra mano, y entre los dos la joven quedó confusa y turbada y luego, desasiéndose sin esfuerzo, se volvió al convaleciente.

— Sr. Breault, dijo con voz melodiosa, sus hijos de usted han vuelto.

— ¡Qué dicha!, dijo el padre, inquiriendo con la mirada en la obscuridad creciente.

Marcela desapareció. Cuando llegó un momento después con una lámpara en la mano, los dos hijos estaban hablando con su padre. Marcela cerró la puerta y se quedó ante la ventana.

— Y bien, dijo, no estoy contenta. Han vuelto, su padre se ha salvado, son dichosos y yo lloro. ¡Qué extraña alma debo



Se sentó ante su carpeta y escribió de un tirón...

tener para que la dicha de los otros me trastorne de esta manera! Es que no tengo nada mío, y por eso sufro. Sólo una vez he tenido un asilo verdadero, en casa de mi padre, y no he sido allí dichosa. He caudado su aflicción, y por eso se ha marchado. ¡Cuán ingrata era entonces! ¿Hay algo en el mundo que valga el amor de nuestros padres?

Lloraba silenciosamente y las lágrimas corrían con rapidez sobre sus manos.

— ¡Cuán malo es ser celosa!, se dijo la joven. Estos pobres muchachos por poco pierden su padre, y yo tengo el mío que está bueno, aunque esté lejos.

Encendió una bujía, se sentó ante su carpeta y escribió de un tirón:

«Querido padre, vuelva usted á Francia, venga á vivir conmigo; he sido ingrata alguna vez, pero ahora no puedo vivir sin usted; y luego, tengo ya diez y siete años, y quisiera salir del colegio: no le daré ningún disgusto; vuelva, se lo suplico.»

Cerró la carta y se la guardó en el bolsillo. Cuando iba á bajar, después de haber apagado la bujía, llamaron á su puerta. Abrió.

— Marcela, dijo una voz en la obscuridad, necesitamos de usted.

Marcela siguió á Julio sin decir una palabra.

Roberto había quedado junto á su padre, y cuando los jóvenes entraron apartó los ojos, que un momento después volvía á fijar en ellos.

Marcela estaba pálida y la huella de sus lágrimas aparecía aún visible en sus mejillas. Julio tenía el aire alegre, charlaba como cuando era un chiquitín y se sentía dichoso de haber vuelto y de encontrar una casa tan tranquila y agradable, en lugar de las escenas dolorosas que había previsto. Roberto no dijo casi nada aquella noche.

XXXIX

— Es mi hija, repitió el Sr. Breault al día siguiente cuando Rosa iba á la compra acompañando á Marcela.

— No estamos celosos de ella, dijo Julio, acercándose al sillón.

Roberto llamó.

— Padre mío, dijo Julio, ¿es verdad que Marcela se marcha?

— ¿Quién ha dicho eso?, preguntó el anciano con inquietud.

— Me lo ha dicho mi tía Julia, y no puedo comprender...

La señorita Julia levantó los ojos y cesó de hacer calceta.

— No puede vivir Marcela en una casa donde hay dos jóvenes, dijo con algún embarazo. Tan bien lo ha comprendido, que me ha rogado que la haga acompañar al colegio esta tarde.

— No quiero, dijo el Sr. Breault, agitando; quiero que se quede. Roberto, dile que no se marche.

Roberto llamó. Su padre buscaba en vano leer la expresión de su rostro, porque la inteligencia debilitada del viejo no le permitía adivinar los pensamientos de su hijo.

— Habla, dijo con impaciencia su padre.

— Pienso, padre mío, que Marcela tiene razón, dijo el joven.

El Sr. Breault se encogió de hombros, pues nada podía convencerle de que la joven tuviera razón en querer marcharse.

La señorita Julia trató, sin embargo, de hacerlo, y entonces Roberto se esquivó y Julio le siguió en el jardín.

— Hermano mío, dijo el joven; es verdaderamente una lástima que Marcela se marche: es una buena muchacha, y seríamos tan dichosos con ella!.. Hace todo lo que le indicas... te obedece ciegamente en todo, dile que se quede, dile que no aflija á nuestro padre, que no nos aflija á nosotros.

Roberto no contestó y Julio continuó:

— ¿Es que me habré engañado? ¿Le habrás cobrado odio? Di, Roberto, ¿qué es eso?

Roberto sonrió y sacudió la cabeza.

— No, dijo, no le tengo odio.

— Pues entonces...

De repente Julio se inclinó hacia su hermano, examinó su rostro y le estrechó las dos manos con alegría y sorpresa.

— ¡Hermano mío!, exclamó.

Roberto no había tenido tiempo de contestar ni aun de reponerse, cuando Julio estaba ya en el comedor, donde continuaban discutiendo el enfermo y su hermana.

— Padre mío, dijo con acento decidido, ¿desea usted que Marcela se quede?

— ¡Sí, sí, sí!, dijo enérgicamente el anciano.

— Pues bien: no hay nada más sencillo; siga usted mi razonamiento, y usted también, tía Julia...

Y empezó un hermoso discurso más elocuente que largo y cuyo resultado no se hizo esperar.

Cinco minutos después, Roberto entraba á su vez con el rostro descompuesto y aspecto de cansancio, y miró estupefacto á los tres conspiradores, que parecían tan encantados de su suerte, como él lo estaba triste de la suya.

— Roberto, dijo su padre, cástate con Marcela.

El joven vaciló como si hubiera recibido un golpe en el pecho, y miró, uno á uno, á su padre y á su tía, que esperaban ansiosamente su respuesta, y á Julio, que levantaba la cabeza con aire de triunfador.

— ¿Querrá ella?, preguntó Roberto.

— ¿No querrás tú?, contestó Julio.

— ¡Ah, sí!, pero, ¿ella?

— Pregúntaselo, arguyó Julio. Toma, hela aquí que vuelve. Efectivamente, por el jardín avanzaba Marcela, seguida de Rosa.

— Marcela, gritó el muchacho.

Ella le miró y se aproximó á la ventana.

— ¿Quiere usted casarse con mi hermano?, dijo antes que nadie hubiera podido impedirlo.

El cesto que llevaba Rosa en el brazo se le cayó á consecuencia de la sorpresa, esparciendo legumbres frescas en todas direcciones.

Los seis ojos que habían quedado en el comedor examinaban con curiosidad á Marcela y á la criada.

— ¡Bondad del cielo!, exclamó ésta.

— Advierta usted, dijo Julio á la buena mujer, que no es á usted á quien se pide en matrimonio. Pues si tal caso se diera, presumo que no solamente la legumbre, sino usted misma habría medido el santo suelo.

— ¿Yo?, repuso Rosa. ¿Qué puede importarme á mí eso?

Sin embargo, se dedicó á recoger las legumbres que habían caído esparcidas.

Marcela, de pie ante la ventana, había cruzado sus manos y estaba en actitud de espera, con los ojos bajos, las mejillas sonrosadas y el alma trastornada por un gran torbellino de ideas nuevas. ¿Nuevas? ¡No! Ya antiguas, porque ahora lo conocía. ¿No eran esas ideas nuevas las que le hundían en el corazón este dardo dulce y amargo á la vez?

— Y bien, Marcela, ¿no contesta usted?, preguntó Julio casi inquieto por aquel silencio. ¿Quiere usted, sí ó no, casarse con mi hermano?

— No lo sé, respondió la joven levantando hacia él sus turbados ojos. ¿Querría acaso él?

Una gran carcajada contestó á aquella pregunta, y Julio, saltando por la ventana, arrastró hacia la casa á Marcela, que no comprendía nada.

— Y bien, ¿consiente?, preguntó el Sr. Breault, un poco extrañado de tantas locuras.

Roberto continuaba esperando, muy pálido, sin decir una palabra.

— Sí, dijo Marcela, pero tan bajo que apenas se oyó.

Roberto respiró y le tendió las dos manos.

— ¡Ah discípula mía!, dijo, ha tenido usted un singular profesor.

— Un buen maestro, dijo Marcela, y que espero que siempre lo será para mí.

Todo el mundo se besaba. De repente la joven se desasíó de las manos de Roberto.

— ¿Y mi padre?, exclama; ¿si ahora no quisiera?

La miraron consternados. Simón no era en efecto uno de aquellos seres con los cuales se puede contar. Era muy capaz de rehusar, porque así le viniera en gana ó por cualquier motivo.

— Tengo mi idea, dijo Julio, y con esta ya van dos, lo que no es mala señal!, pues hay muchas gentes que no tienen más que una por semana. Conozco al Sr. Monfort, y es preciso cogérlo por sorpresa. ¡Ya veréis!

— Ya le escribiré, dijo Marcela vacilando, y ustedes también deberían escribirle.

— ¿Todos?, repuso Julio echándose á reír; ¿una carta colectiva?, ¿una verdadera circular de familia? En medio de todo, esto no puede causar ningún perjuicio. Pero tengo mi idea á pesar de esto.

— ¿Marcela no volverá al colegio?, preguntó el Sr. Breault, cuya inteligencia vacilante se aferraba con tenacidad singular á las cosas que le gustaban.

— Sí, hasta nueva orden, dijo la tía Julia con aire extremadamente digno.

— ¡Cómo! ¿Ahora? dijo Julio.

— Con mayor razón. ¡Cómo queréis que una joven!..

Entonces empezó para él de nuevo el discurso que antes hiciera al anciano, y hubiera durado mucho rato si el aturdido muchacho no se hubiese precipitado de rodillas, juntando las manos y exclamando:

— ¡En nombre de todas las virtudes, de todos los deberes, de todo lo que quiera, no haga usted que marche hoy, querida tía! Mañana, pero no hoy.

Aquello era contrario á todos los buenos principios, pero la buena señora no había querido jamás aflijir á nadie. Cuando se hubo obtenido el plazo, Julio tomó apresuradamente su sombrero.

— ¿Dónde va?, preguntó Julia.

Agitó los brazos como las aspas de un telégrafo aéreo, puso un dedo en la boca recomendando silencio y se escapó corriendo como si tuviera miedo de divulgar su secreto.

— ¿Dónde va?, preguntó Rosa, apareciendo súbitamente en el dintel de la puerta.

La señorita Julia hizo un gesto desesperado, pero la buena sirvienta no la miraba ya. Sus ojos se fijaban en la joven pareja, que estaba de pie junto á una ventana.

— Y bien, dijo Rosa, ¿qué se hace al cabo?, ¿hay casorio ó no hay casorio?

— Sí lo hay, contestó el Sr. Breault con un resto de su antigua vivacidad, y espero, Rosa, que nos hará usted una buena comida de boda.

— ¿Una comida de boda?, no lo crea el señor. Estas cosas se hacen en el restaurant, replicó Rosa con un inexplicable desdén.

Luego, volviendo á sentimientos más tiernos, preguntó á Roberto:

— ¿Y cuándo se casan?

- No lo sabemos todavía, mi querida Rosa, contestó el joven sonriendo. Es preciso aguardar á que el padre de Marcela haya dado su consentimiento.
 - El Sr. Monfort?, preguntó Rosa con brío; ¿pues no faltaba más sino que lo hiciera esperar!
 - Y si él negara el permiso?, repuso Marcela, cuyo lindo rostro palideció á este pensamiento.
 Rosa levantó la mano derecha á la altura de sus ojos, lo que en ella era signo de gran indignación.
 - ¿Rehusar? Si lo hace, entonces sabrá quién soy yo. No me he peleado todavía nunca con él; pero...
 - Rosa, dijo Marcela con tono suplicante, es mi padre, le amo.

- No te digo lo contrario, dijo la cocinera, súbitamente dulcificada; pero sería una idea diabólica impedir que te casases según tu gusto.
 La señorita Julia se estremeció á la idea de que ocurriese una colisión entre Monfort y la criada, pero nada dejó traslucir. Era ya demasiado angustioso que Marcela hubiera visto empañar su nuevo estado de novia, con aquellas dudas y temores.

Julio volvió en el momento en que cansados de aguardarle iban á ponerse á la mesa sin contar con él.
 - ¿Conque nunca será usted puntual?, gruñó Rosa, todavía indignada por la disputa imaginaria que acababa de tener con Simón Monfort.

- No, mi buena Rosa, es una excepción, contestó Julio con dulzura no acostumbrada.

Cuando se levantaron los manteles, todas las cabezas se inclinaron sobre el tapete de la mesa, absorbidas por la confección de una epístola enternecedora redactada para vencer todas las resistencias de Monfort, hasta las más imprevistas, hasta aquellas que nadie podía sospechar. La tía Julia llevaba la pluma, y bajo su inspiración las frases elocuentes se deslizaban sobre el papel, las unas detrás de las otras, con tanta rapidez y abundancia que, en un momento, media docena de hojas quedaron cubiertas de ellas.

- Jamás leerá todo esto, dijo Julio con acento burlón; me permitiré hacer observar á usted, ¡oh mi respetable tía!, que si empezamos á fastidiarle nos enviará al diablo inmediatamente, sin leer sino el principio, y como el exordio es más largo que la peroración...

- ¡Julio!, dijo su tía con aire severo.
 Pero el sobrino no estaba de humor de dejarse intimidar, pues hizo una mueca tan respetuosa como tierna, y sin embargo, irresistible, y todo el mundo soltó el trapo á reír.

- Escribe tú mismo, dijo majestuosamente la tía, probando de adoptar un tono serio, y lúcete, ya que sabes criticar á los demás.

- ¿Yo?, replicó Julio con aire inocentón. A mí me gustan los períodos breves, las frases concisas. No sabré nunca hacer esas cartas; sin embargo, voy á ensayarlo.



A la mañana siguiente Marcela bajó á sus rosales

Se pusieron á trabajar otra vez, y poco antes de las cinco la carta partió, acompañada de los votos de toda la familia y de los suspiros de Marcela, que quería hacer ver que no esperaba, y que, sin embargo, se obstinaba en volar hacia el cielo como una golondrina.

Pasó la tarde y pasó la noche. A la mañana siguiente Marcela bajó á sus rosales, y cinco minutos después Roberto se hallaba cerca de ella, teniendo en la mano una cestita para recoger las flores marchitas. Después de los rosales, vinieron los

macizos, donde Roberto hizo un espurgo monumental; en pos de eso, llegó la hora del correo, la lectura de los diarios, y en fin, el almuerzo.

Julio había hecho cortas y febriles apariciones. Visiblemente preocupado; no podía estarse cinco minutos en el mismo sitio. Se sentó á la mesa, sin embargo, como todo el mundo; pero habiendo sonado la campanilla de la verja, se levantó y saltó por la ventana con tal impetuosidad, que la señorita Julia quedó petrificada.

Al cabo de dos segundos entró de nuevo en la sala por un camino más adecuado y trayendo en la mano un trozo de papel azul.

- Ya les había dicho, exclamó, que me gustaban las frases cortas; pero no debían figurarse, sin embargo, que llevara esta preferencia hasta sus últimos límites. ¡Oh poder de la electricidad! ¡Oh supremacía de mi idea! Escuchen un poco la lectura de estos documentos, de un interés sin rival.

«París, 5 julio, mediodía. Simón Monfort, New-York, Broadway, número 6. ¿Quiere conceder mano Marcela á Roberto Breault? Urgente, respuesta pagada.»

«New-York, 6 julio, 6 mañana. Julio Breault, calle Bomba, 108. Mano concedida, salgo para Francia. Espérenme.»

Roberto tiró su servilleta y dió un apretado abrazo á su hermano.

- He aquí lo que vale, dijo éste, tener algunas economías; y por el placer que nos ha proporcionado, hay que confesar que el cable es una invención muy hermosa.

Nadie sostuvo la opinión contraria.

Monfort llegó y su presencia fué una alegría para todos. También él había sufrido durante la ausencia. La soledad no le pesaba antes, cuando se creía abandonado; pero, modificados sus sentimientos y conociendo la necesidad de amar, se había transformado por completo su alma, y esta vez su destierro le había parecido más duro que otras veces. La tranquila alegría de su hija, la acogida hospitalaria de los Breault, vertieron sobre su corazón ulcerado un bálsamo de consuelo cuyos efectos sintió durante el resto de su vida.

El Sr. Breault y Monfort, ya por adelantado tenían celos de los hijos de Marcela, y ésta parecía la única nube que podía sombrear el cielo de aquellas existencias; pero el hado clemente envió dos muchachos que son los niños mimados de todos y á quienes los abuelos quieren á porfía, cada uno el suyo: por fortuna, Julio está allí y les riñe cuando es necesario.

Rosa tiene todo el pelo blanco, pero vivirá hasta los cien años; la señora Jalín es el aya de los hijos de Marcela.

FIN

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjense para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin, núm. 61, París. - Las casas españolas pueden dirigirse á los Sres. Calvet y Rialp, Paseo de Gracia, 21, Barcelona (Gracia).

CARNE, HIERRO y QUINA
 El Alimento mas fortificante unido a los Tónicos mas reparadores.
VINO FERRUGINOSO AROUD
 Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS DE LA CARNE
CARNE, HIERRO y QUINA! Diez años de éxito continuado y las afirmaciones de todas las eminencias médicas prueban que esta asociación de la Carne, el Hierro y la Quina constituye el reparador mas energico que se conoce para curar: la Clorosis, la Anémia, las Menstruaciones dolorosas, el Empobrecimiento y la Alteración de la Sangre, el Raquitismo, las Afecciones escrófulosas y escorbúticas, etc. El **Vino Ferruginoso de Aroud** es, en efecto, el único que reúne todo lo que entona y fortalece los organos, regulariza, coordena y aumenta considerablemente las fuerzas ó infunde á la sangre empobrecida y decolorada: el Vigor, la Coloración y la Energía vital.
 Por mayor, en París, en casa de J. FERRÉ, Farm^e, 102, r. Richelieu, Sucesor de AROUD.
 SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS
EXIJASE el nombre y la firma AROUD

Pildoras y Jarabe de BLANCARD
 Solucion **BLANCARD** Comprimidos de Exalgina
ANEMIA
 COLORES PÁLIDOS
 RAQUITISMOS
ESCRÓFULOS
 TUMORES BLANCOS, etc., etc.
JAQUECAS, COREA, REUMATISMOS
DOLORES DENTARIOS, MUSCULARES, UTERINOS, NEURALGICOS.
 El mas activo, el mas inofensivo y el mas poderoso medicamento. **CONTRA EL DOLOR.**
 Exijase la Firma y el Sello de Garantía. - Venta al por mayor: París, 40, r. Bonaparte.

Jarabe de Digital de LABELONYE contra las diversas Afecciones del Corazon, Hidropesias, Toses nerviosas; Bronquitis, Asma, etc.
 Empleado con el mejor éxito
Grageas al Lactato de Hierro de GÉLIS & CONTÉ
 Aprobadas por la Academia de Medicina de París.
Ergotina y Grageas de ERGOTINA BONJEAN HEMOSTÁTICO el mas PODEROSO que se conoce, en pocion ó en inyeccion ipodermica. Las Grageas hacen mas fácil el labor del parto y detienen las pérdidas.
 Medalla de Oro de la S^{ad} de F^{ia} de París
 LABELONYE y C^{ia}, 99, Calle de Aboukir, París, y en todas las farmacias.

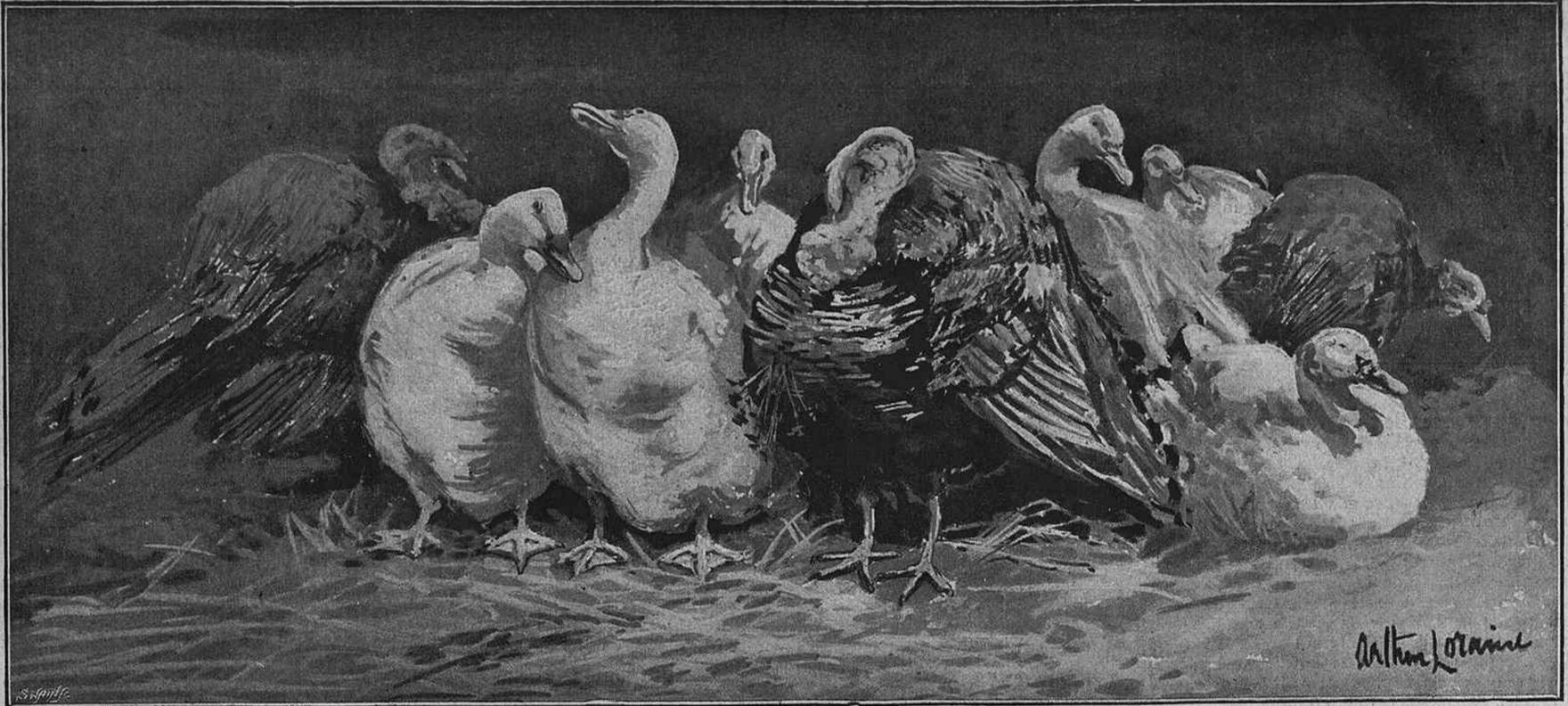
Las Personas que conocen las **PILDORAS de DEHAUT DE PARÍS** no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el causan que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentación empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

ENFERMEDADES del ESTOMAGO
PASTILLAS y POLVOS PATERSON
 con BISMUTHO y MAGNESIA
 Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.
 Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.
 Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARÍS

GARGANTA VOZ y BOCA
PASTILLAS de DETHAN
 Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritacion que produce el Tabaco, y especialmente á los Sñrs PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emision de la voz. - Precio: 12 REALES.
 Exigir en el rotulo a firma Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARÍS

JARABE ANTIFLOGÍSTICO de BRIANT
 Farmacia, CALLE DE RIVOLI, 150, PARÍS, y en todas las Farmacias
 El **JARABE DE BRIANT** recomendado desde su principio por los profesores Laënnec, Thénard, Guersant, etc.; ha recibido la consagración del tiempo: en el año 1829 obtuvo el privilegio de invención. **VERDADERO CONFITE PECTORAL**, con base de goma y de aboboles, conviene sobre todo á las personas delicadas, como mujeres y niños. Su gusto excelente no perjudica en modo alguno á su eficacia contra los RESFRIADOS y todas las INFLAMACIONES del PECHO y de los INTESTINOS.

LA SAGRADA BIBLIA
 EDICIÓN ILUSTRADA
 á 10 céntimos de peseta la entrega de 16 páginas
 Se envían prospectos á quien los solicite dirigiéndose á los Sres. Montaner y Simón, editores



LAS VÍCTIMAS DE NAVIDAD, dibujo de Arturo Loraine

LAS VÍCTIMAS DE NAVIDAD

Víctimas ó héroes, como ustedes quieran llamarles, porque sin ellos no se comprenden las Navidades. Familias hay que se pasan el año en continuo ayuno, y no por devoción ni falta de apetito; pero al llegar el solemne día en que se conmemora el nacimiento de Jesús, hacen un esfuerzo supremo y se proveen de la indispensable gallinácea.

¡Pobres animalitos! Parece como que en los días que preceden á la fecha para ellos fatal, presienten su próximo fin. Vedlos en los puestos en donde se les expone á la vergüenza pública: el orgulloso pavo que se paseara con paso majestuoso ostentando en forma de abanico su negra cola; el capón que luciera ufa-

no su plumaje de colores brillantes; el gallo que rodeado de sus odaliscas se irguiera soberbio para lanzar al aire sus desafinadas notas; el pato que con ademán agresivo y estridentes graznidos amenazara á cuantos se le acercaban, todos yacen mustios y cabizbajos sobre miserable lecho de paja. Diríase que se hacen los humildes para sustraerse á la atención del comprador y que se fingen enfermizos para ahuyentarle.

Mas todo en vano: de nada les valen estas supercherías, y gordos y flacos, sanos y enfermos, todos van desapareciendo uno tras otro del montón anónimo para convertirse en respetables individualidades cuyas excelencias proclamarán sus respectivos adquirentes y con cuya sabrosa carne se regodearán sus implacables matadores.

¡Pobres víctimas de la voracidad humana! Por fortuna vuestra también para vosotros se aproxima la hora de la redención. Las doctrinas de los vegetaristas extiéndense de día en día, y en todos los pueblos surgen celosos apóstoles de la nueva idea que cada vez aumentan el número de sus prosélitos y disminuyen por ende el de vuestros verdugos. Regocijaos, pues, y aclamad á vuestros redentores.

Felices vosotros el día en que las teorías de Tolstoi, de Kneipp y tantos otros sean universalmente aceptadas, porque aquel día nadie querrá vuestra muerte; dichosos también entonces los que aferrados á las tradiciones de sus mayores se nieguen á seguir las corrientes del humanitario progreso, porque ellos comerán pavo barato.

PAPEL ANTI-ASMÁTICOS BARRAL
 PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BARRAL
 disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos.
DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOUZE-ALBESPEYRES
 73, Faub. Saint-Denis
 PARIS
 y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTICION
 FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE Ó HACE DESAPARECER
 Los SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICION.
EXIJA EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS
 Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

ENFERMEDADES del ESTOMAGO
Pepsina Boudault
 Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA
 PREMIO DEL INSTITUTO AL D. CORVISART. EN 1856
 Medallas en las Exposiciones internacionales de
PARIS - LYON - VIENA - PHILADELPHIA - PARIS
 1867 1872 1873 1876 1878
 SE EMPLEA CON EL MAYOR ÉXITO EN LAS
DISPEPSIAS
CASTRITIS - GASTRALGIAS
DIGESTION LENTAS Y PENOSAS
FALTA DE APETITO
 Y OTROS DESORDENES DE LA DIGESTION
 BAJO LA FORMA DE
ELIXIR. de PEPSINA BOUDAULT
VINO. de PEPSINA BOUDAULT
POLVOS. de PEPSINA BOUDAULT
 PARIS, Pharmacie COLLAS, 8, rue Dauphine
 y en las principales farmacias.

PAPEL WLINSI
 Soberano remedio para rápida curación de las Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.
Depósito en todas las Farmacias
 "PARIS, 31, Rue de Seine."

Jarabe Laroze
DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
 Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curación de las gastritis, gastralgias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestión y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.
JARABE al Bromuro de Potasio
DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
 Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazón, la epilepsia, histeria, migraña, baile de S.-Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la dentición; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.
 Fábrica, Espediciones : J.-P. LAROZE & C^{ie}, 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris.
 Deposito en todas las principales Boticas y Droguerías

Agua Léchelle
HEMOSTATICA. — Se receta contra los flujos, la clorosis, la anemia, el apocamiento, las enfermedades del pecho y de los intestinos, los espantos de sangre, los catarros, la disenteria, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos. El doctor HEURTELoup, médico de los hospitales de Paris, ha comprobado las propiedades curativas del Agua de Léchelle en varios casos de flujos uterinos y hemorragias en la hemotisis tuberculosa.
 DEPÓSITO GENERAL: Rue St-Honoré, 165, en Paris.

EL APIOL de los Dres **JORET y HOMOLLE** regulariza los **MENSTRUOS**

PUREZA DEL CUTIS
 — LAIT ANTÉPHELIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
ó Leche Candès
 pura ó mezclada con agua, disipa PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA SARPULLIDOS, TEZ BARROSA ARRUGAS PRECOCES EFLORESCENCIAS ROJECES.
 Pone y conserva el cutis limpio y terso
 CANDES et C^{ie} B^e St-Denis, 14

CEREBRINA
 REMEDIO SEGURO CONTRA LAS **JAQUECAS, NEURALGIAS**
 Suprime los Cólicos periódicos
E. FOURNIER Farm^a, 114, Rue de Provence, 1 PARIS
 MADRID, Melchor GARCIA, y todas farmacias
 Desconfiar de las Imitaciones.

CARNE y QUINA
 El Alimento mas reparador, unido al Tónico mas energico.
VINO AROUD con QUINA
 Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS SOLUBLES DE LA CARNE
CARNE y QUINA! con los elementos que entran en la composicion de este potente reparador de las fuerzas vitales, de este fortificante por excelencia. De un gusto sumamente agradable, es soberano contra la Anemia y el Apocamiento, en las Calenturas y Convalecencias, contra las Diarreas y las Afecciones del Estomago y los intestinos.
 Cuando se trata de despertar el apetito, asegurar las digestiones, reparar las fuerzas, enriquecer la sangre, entonar el organismo y precaver la anemia y las epidemias provocadas por los calores, no se conoce nada superior al **Vino de Quina de Aroud.**
 Por mayor, en Paris, en casa de J. FERRÉ, Farm^a, 102, r. Richelieu, Sucesor de AROUD.
 SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS.
EXIJA SE el nombre y la firma AROUD

VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL D. FRANCK
 Estreñimiento, Jaqueca, Malestar, Pesadez gástrica, Congestiones curados ó prevenidos. (Rótulo adjunto en 4 colores)
 PARIS: Farmacia LEROY Y en todas las Farmacias.

REMEDIO de ABISINIA EXIBARD
 En Polvos y Cigarrillos **ASMA**
 Ailvia y Cu^a CATARRO, BRONQUITIS, OPRESION y toda afección Espasmódica de las vias respiratorias.
 25 años de éxito. Med. Oro y Plata.
 J. FERRÉ y C^{ie}, Farm^a, 102, R. Richelieu, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria